
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
DIOSA DE LA VENGANZA
CLARK CARRADOS

El lujoso «Rolls-Royce» recorrió a marcha moderada la calle Mayor de Battersyde y acabó deteniéndose ante la puerta de un edificio, cuyo rótulo pregonaba el nombre y la profesión de su ocupante. Un gigantesco chófer de color, uniformado correctamente, saltó del automóvil y corrió a abrir la portezuela, de la que se apeó una elegante dama.

La recién llegada hizo caso omiso de la estupefacción de los ociosos que estaban en el porche de la cantina frontera. A pesar de que no hacía frío, se cubría con un lujoso abrigo de pieles y cubría su dorada cabellera con un casquete de corte un tanto anticuado, pero que, precisamente por lo mismo, parecía mucho más elegante.



Clark Carrados

Diosa de la venganza

Bolsilibros: Selección Terror - 114

ePub r1.2

xico_weno 31.08.16

Título original: *Diosa de la venganza*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El lujoso «Rolls-Royce» recorrió a marcha moderada la calle Mayor de Battersyde y acabó deteniéndose ante la puerta de un edificio, cuyo rótulo pregonaba el nombre y la profesión de su ocupante. Un gigantesco chófer de color, uniformado correctamente, saltó del automóvil y corrió a abrir la portezuela, de la que se apeó una elegante dama.

La recién llegada hizo caso omiso de la estupefacción de los ociosos que estaban en el porche de la cantina frontera. A pesar de que no hacía frío, se cubría con un lujoso abrigo de pieles y cubría su dorada cabellera con un casquete de corte un tanto anticuado, pero que, precisamente por lo mismo, parecía mucho más elegante.

El chófer parecía una estatua mientras ella contemplaba la población durante unos instantes. Luego, Katherine Vanderbolt se dirigió hacia la casa de Roy Kentee, agente de la propiedad y corredor de fincas.

En la puerta había un cartelito que indicaba se podía entrar sin llamar. Ella abrió y se dirigió hacia otra puerta señalada con el indicativo de PRIVADO.

Abrió. Un hombre calvo, de mediana edad, con lentes de cerco de oro, escribía algo sobre un grueso libro. Al oír el ruido de la puerta, Roy Kentee alzó la cabeza.

—Soy la señora Vanderbolt —dijo la recién llegada.

—¡Vanderbolt! —Kentee se puso en pie como impulsado por un resorte—. No la esperaba tan pronto, señora…

—Nunca determiné una fecha de llegada —alegó ella con voz glacial—. ¿Hizo todo lo que le encomendé en mis cartas?

—Sí, sí, señora… Todo se ha cumplido según sus deseos, aunque, si la señora me lo permite, le diré que Fiat Hill no es un lugar demasiado recomendable para una dama tan distinguida…

—Señor Kentee, deje que sea yo quien juzgue si Fiat Hill es o no recomendable —cortó ella sin abandonar su tono frío y distante—. Ha dicho que todo está preparado según mis instrucciones.

—Sí, señora, en efecto.

—Bien, en tal caso, tenga la bondad de pasarme la factura por el resto de mi deuda a Fiat Hill, en el momento en que le sea más conveniente.

—Señora, no hay prisa…

—¿Las llaves de Fiat Hill?

Kentee rebuscó en uno de sus cajones. Al fin, encontró dos llaves, unidas por una anilla de metal y se las entregó a la forastera.

—Todo está listo, señora; agua, luz… —De súbito, Kentee se quedó mirando a la mujer, como si encontrase algo conocido en su bello rostro—. ¡Usted es Kitty Simmons! —exclamó, casi a gritos.

—Señor Kentee, mi nombre es Katherine Vanderbolt, entiéndalo bien —dijo ella—. Kitty Simmons murió hace quince años.

El corredor de fincas se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, ella dio media vuelta y salió del despacho.

El chófer, rígido como una estatua de ébano, permanecía quieto en el mismo sitio. Ella se acomodó en el asiento posterior.

—A casa, Solly —ordenó.

—Bien, señora.

Instantes después de haber arrancado el coche, Kentee salió a la calle y gritó:

—¡Es Kitty Simmons! ¡Kitty Simmons ha vuelto!

* * *

Reinaba una gran agitación en la taberna de Evans Mac Cormick.

Las copas eran llenadas y vaciadas casi continuamente. Mac Cormick y su mujer no daban apenas abasto a servir a los excitados clientes.

—Parece mentira… Nunca creí que esa zorra tuviese la desfachatez de volver a Battersyde…

—Juró que se vengaría. ¿Ha vuelto a vengarse?

—No creo que tenga esa intención. Han pasado muchos años desde entonces. El tiempo lo cura todo.

—¿También lo que esa pobre mujer tuvo que padecer? —intervino, cáustica, Donna Mac Cormick, la esposa del tabernero.

—¡Bah, qué sabes tú! Es la hija de Eileen Simmons, la bruja que vivía en Fiat Hill.

—Una negra —dijo alguien con visible repugnancia.

—Eileen era sólo cuarterona —protestó Donna—. Tenía la piel un poco oscura eso, sí, pero de ahí a decir…

Burton Cooper escupió desdeñosamente.

—Una negra —insistió—. En no teniendo la piel blanca, como nosotros, se es negro.

—¿También Kitty? —preguntó la cantinera.

—Bah, se ha teñido el pelo y lavado un poco la piel, pero eso no es suficiente…

—Tengo miedo —declaró uno de pronto—. La hija de la bruja, siempre es una bruja.

—Y nos embrujará a todos —rió alguien desaforadamente.

De pronto, un hombre entró en la taberna.

Era alto, fornido, bien vestido y de aspecto pretencioso y pagado de sí mismo. Avanzó tranquilamente hacia el mostrador y miró sonriendo a los circunstantes.

—He oído una noticia muy extraña —dijo.

—Así es, señor Vinceton —confirmó Kentee servilmente—. Kitty Simmons ha vuelto al pueblo.

—Y con los bolsillos repletos de billetes de Banco.

—Parece inmensamente rica. Tiene un «Rolls», con chófer negro…

Martin Vinceton sonrió con aire de superioridad.

—Aunque tenga la piel blanca, es una negra. Y una negra, ¿qué puede hacer sino emplear un chófer negro para su automóvil?

Una docena de aduladoras carcajadas estallaron al momento. Vinceton, complacido, ordenó una ronda para todos los presentes.

—No creo que Kitty haya venido a… Señor Kentee, ¿cómo dice que se hace llamar ahora esa prostituta?

—Katherine Vanderbolt…

—¡Señor Vinceton!

La voz de Donna Mac Cormick sonó estallante, colérica, acallando todos los murmullos. Vinceton, displicente, se volvió hacia el mostrador.

—Dígame, Donna —habló, cortés.

—Le diré una cosa, en efecto. Bajo ningún pretexto permitiré que se insulte tan procazmente a una mujer en mi presencia. ¿Me ha oído?

—Donna, esa mujer a la que aludes es…

—Yo sé bien lo que es, lo que fue y lo que pasó aquí —exclamó la cantinera, furiosa—. Y usted habrá de permitirme que le diga que es muy poco hombre al insultar de ese modo a una mujer que ningún daño le había hecho.

—Donna, no me tiente la paciencia —gruñó Vinceton.

Evans Mac Cormick se acercó a aquel punto del mostrador.

—Los negros no me gustan —declaró—. Pero apoyo todo lo que ha dicho mi mujer.

—Bah, estúpidos…

Vinceton dio media vuelta y se dispuso a abandonar la taberna. Una seca llamada de Mac Cormick le detuvo en el acto:

—Debe cuatro dólares con cincuenta centavos. Es el importe de la ronda a que ha convidado a todos los presentes, señor Vinceton.

—En otro momento, Evans.

—¡Ahora!

Rojo de ira, Vinceton se volvió hacia el cantinero.

—Evans, ¿pretendes hacer creer a esta gente que no pago mis deudas? —Gruñó.

—Lo único que le digo es que si no me paga las consumiciones, no le permitiré que vuelva a poner más los pies en mi casa.

Hubo un momento de silencio. Al fin, Vinceton, desdeñosamente, metió la mano en uno de los bolsillos de su traje, sacó unas monedas y las lanzó al pie del mostrador.

—Puedes quedarte con la vuelta, Evans —dijo despectivamente.

Mac Cormick salió del mostrador y se agachó para recoger el dinero, ayudado por alguno de los presentes. Luego, aún irritado por el incidente, miró hacia la puerta.

—Presumido —dijo a media voz, pero no tan bajo que no pudieran escucharle algunos de los más cercanos—. Presumido y fanfarrón… y tan pobre como las ratas.

En la calle era ya de noche. Martin Vinceton tenía la vista fija en la colina situada a unos seiscientos metros, en la que se veía la silueta de una casa, con algunas luces encendidas.

—De modo que has vuelto y estás allí —dijo, sonriendo de un modo extraño—. Bien, un día de éstos iré a hacerte una visita… muy especial, señora Vanderbolt.

En la taberna, Kentee decía:

—Por lo poco que dejaba traslucir en sus cartas, se casó con un hombre inmensamente rico, un tal Homer Vanderbolt, quien murió hace cosa de un año, dejándole toda su fortuna…

Había envidia y codicia en los ojos de quienes escuchaban al corredor de fincas. Más de uno era soltero y pensó que, de alguna manera prodigiosa, él podría resultar el elegido para arrancar a la señora Vanderbolt de su doloroso estado de viudez.

En aquellos momentos, ninguno sentía el menor escrúpulo hacia los antecedentes raciales de la señora Vanderbolt.

También, a la misma hora, Kitty Vanderbolt, sentada ante el tocador de su casa, se cepillaba los largos cabellos dorados, extraña herencia de un padre de piel blanca y ojos azules y una madre con un cuarto de sangre de color. De la segunda, Kitty había heredado una piel levemente tostada y unas pupilas negrísimas. Y también una figura que seguía teniendo contornos de pantera a los treinta y seis años de edad.

Después de arreglarse el pelo, se vistió sencillamente y bajó al comedor, brillantemente iluminado. Acercóse a una ventana y contempló las luces del pueblo, casi a los pies de la colina.

Pasados unos minutos, buscó su boquilla y el tabaco. Una mano de ébano acercó la llama de un encendedor al extremo del cigarrillo.

Kitty encendió el cigarrillo y luego se volvió hacia el chófer.

—Gracias, Solly —sonrió.

—La cena estará lista dentro de unos minutos, señora —contestó el aludido.

—Gracias otra vez. Contrataré una cocinera para ahorrarte ese trabajo. Y también una doncella; tu labor debe consistir únicamente en cuidar del automóvil y del jardín.

—La señora sabe que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa en su obsequio —dijo Solly.

—Tú me aprecias, ¿no es cierto? —sonrió Kitty.

—Señora…

—Lo sé, lo sé, no te ofendas por ello. Pero… hace unos

momentos has dicho que serías capaz de hacer cualquier cosa por mí.

—Sí, señora.

—¿Incluso matar a una persona si yo te lo ordenase?

—La señora sólo tiene que indicarme el nombre y la dirección de la persona que le molesta y yo cumpliré su orden inmediatamente —contestó Solly con voz inexpresiva.

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Kitty.

—Gracias, Solly. Quizá un día te pida algo muy… especial, pero no será necesario que mates a nadie —murmuró.

CAPÍTULO II

El camino serpenteaba entre las colinas, llenas de un agradable verdor y desembocaba casi súbitamente en un puente de madera, cubierto, cuya entrada estaba cerrada por una barrera, con el correspondiente contrapeso. Jim Kipper frenó, a la vez que levantaba las cejas, sorprendido por el inesperado obstáculo.

En el centro de la barrera había un rótulo: TOLL. Cincuenta centavos.

—Vaya, un puente con peaje —murmuró.

Y tocó la bocina varias veces, porque suponía que debía de haber alguien que se encargase de cobrar el medio dólar que importaba el permiso de paso por el puente.

A poca distancia había una granja, de excelente aspecto. Una muchacha daba de comer a las gallinas y, al oír la bocina, dejó la labor y corrió hacía el puente.

Kipper parpadeó de asombro. Ella era joven, y muy bonita, de pelo castaño oscuro y agradable silueta. Vestía blusa clara y pantalones cortos, que permitían ver unas piernas preciosas.

—Hola —dijo la chica—. Perdone que no haya venido antes, pero estaba distraída y…

—No tiene importancia —sonrió el viajero—. ¿Es usted la encargada del cobro?

—En efecto. Mi nombre es Carolyn Brent, a su disposición.

—Jim Kipper —dijo él—. Voy a Battersyde. Supongo que no estará ya muy lejos…

—Oh, apenas a cuatrocientos metros de distancia. Lo verá en cuanto haya pasado la última colina, esa que hay apenas se cruza el puente.

—Mil gracias, señorita Brent. ¿Me permite expresar mi asombro por el hecho de encontrarme con un puente privado de peaje?

Suponiendo que no sea usted una empleada…

—Oh, no, el puente es nuestro desde hace más de cien años —declaró Carolyn—. Por supuesto, ha sido reparado en muchas ocasiones, pero se conserva con la misma apariencia que cuando lo construyeron.

—Muy típico, ésta es la verdad. Debiera hacer postales y tenerlas a la venta de los viajeros que se paran a pagar el peaje.

—Pues, mire, es una idea que no se me ha ocurrido, pero tal vez lo haga.

—Incluso podría poner un buzón aquí y llevar usted las postales al Correo. Eso atraería la clientela, ¿no cree?

Carolyn se echó a reír.

—En la granja hay mucho trabajo —contestó—. En fin, ya veremos… ¿Se queda en Battersyde? —preguntó.

—No lo sé todavía. Depende, en todo caso, de la conversación que he de sostener con cierta persona… Quizá usted la conozca. Se llama Katherine Vanderbolt.

—¡Kitty Simmons! —exclamó Carolyn, sin poder contenerse.

—¿Cómo?

—Perdón, es el nombre de soltera de la señora Vanderbolt. Aunque se casó y enviudó, todos la conocen por el nombre que he mencionado.

—Ya. —Kipper observó que la chica se había puesto muy seria de repente—. Es muy rica, tengo entendido.

—Sí, eso dicen. Discúlpeme, señor Kipper, tengo prisa.

Carolyn retrocedió para alzar la barrera. Kipper dio el contacto de nuevo y arrancó suavemente, un tanto preocupado por el cambio de actitud de la chica.

Al cruzar el puente, pensó en que más de un siglo antes, los soldados de un país en guerra habrían cruzado por allí, en el flujo y reflujo de un sangriento conflicto que duró cuatro años. Rebeldes, soldados de la Unión… Unos y otros habrían pasado por allí, persiguiéndose según las alternativas de la guerra… El ruido del motor le pareció el de una batería de cañones, lanzada a todo el galope de sus caballos de tiro.

Momentos después, remontaba la colina y avistaba Battersyde. Uno de los reductos del fanatismo racial del Sur, se dijo, según los informes que tenía de la pequeña población.

Al otro lado de las casas, sobre una chata colina, divisó el edificio en que debía encontrarse con Katherine Vanderbolt, de soltera Kitty Simmons.

* * *

Cuando oyó el ruido de tacones en la estancia contigua, Kipper dejó la copa que le había servido el criado de color y se irguió. La señora Vanderbolt apareció a los pocos momentos.

Kipper contuvo a duras penas un grito de sorpresa. Había creído encontrarse con una dama de edad otoñal y, en lugar de ello, tenía ante sí a una mujer de esplendorosa hermosura, ataviada con singular distinción.

—Señor Kipper…

El forastero hizo una leve inclinación de cabeza.

—Encantado de conocerla, señora Vanderbolt.

—Es un placer —sonrió ella—. ¿Una copa?

—Gracias, ya he tomado. Pero si me lo permite, yo mismo le serviré a usted.

—Muy amable.

Kitty se sentó en una butaca y cruzó las piernas. Mirando de reojo, Kipper las comparó con las de Carolyn. Se sentía incapaz de hacer una elección.

Mientras llenaba la copa, ella había puesto un cigarrillo al extremo de una larga boquilla. Kipper se lo encendió instantes después.

—Siéntese, por favor —indicó Kitty.

Kipper obedeció. Tras unos segundos de pausa, Kitty empezó a hablar:

—Le he llamado porque quiero hacerle una proposición. Hace más de quince años, un grupo de blancos exaltados, enloquecidos por el odio y el alcohol, asesinaron a una mujer, acusándola, entre otras cosas, de brujería; pero, en realidad, porque era de color. Alguien incitó a aquellos desalmados al linchamiento y yo quiero que lo descubra.

Kipper respingó. Ella se dio cuenta de que iba a formular alguna objeción y levantó una mano.

—Por favor, siga escuchándome —pidió—. Ya sé que me dirá que eso es cosa de la policía, que comprende que ningún policía

blanco quisiera acusar a unos hombres de su raza de la muerte de una mujer de color…, pero, precisamente por lo mismo, yo le he llamado a usted. No quiero que avise a la policía ni que intervenga la justicia; simplemente, le pido que encuentre a ese hombre. Por su trabajo, le abonaré la suma de diez mil dólares, más los honorarios digamos oficiales y, por supuesto, los gastos que se realicen. ¿Me ha entendido?

—Señora Vanderbolt, ¿me permite usted hablar sinceramente?

—Por supuesto —accedió ella sonriendo.

—Soy abogado, no detective privado.

Kitty entornó los ojos.

—Señor Kipper, conozco al detalle su intervención en el caso Dawstone. No sólo he leído las reseñas del proceso, sino que, incluso, asistí a algunas de las sesiones. Pude apreciar entonces que estaba contemplando la actuación de un brillante abogado, rebosante de inteligencia y eficacia, que supo llegar al fondo de la verdad y no sólo demostrar la inocencia de su cliente, sino encontrar las pruebas que incriminaron al auténtico culpable. ¿Qué más pude necesitar para contratarle a usted?

—Pero…

—Usted puede contratar, como lo hizo en el caso Dawstone, a cuantos detectives privados necesite. Encárguese de dirigir la investigación y comunicarme el nombre del verdadero culpable, es lo que deseo de usted en realidad.

Kipper se resignó. No sólo el caso planteado resultaba atractivo, sino también la mujer que sé lo proponía. Y los honorarios, todo había que reunir en el conjunto de razones que se alegó a sí mismo.

—Está bien, acepto —dijo—. Pero, por favor, ¿quién era la mujer asesinada? Ha dicho que se trataba de una mujer de color…

—Mi madre, abogado.

* * *

En la puerta de la sala sonaron unos nudillos.

—Adelante, Solly —dijo Kitty.

El gigantesco chófer se hizo visible de inmediato.

—Señora, las dos aspirantes al puesto de cocinera y de doncella de la señora acaban de llegar —dijo.

—Que esperen, ahora estoy ocupada —fue la seca respuesta de

Kitty.

—Bien, señora.

Y Solly se disponía ya a retirarse cuando, de pronto, ella levantó la mano.

—Solly, ¿han dicho sus nombres esas dos mujeres? —preguntó.

—Sí, señora: Rawlins y Cannebar.

Kipper vio aparecer una indefinible sonrisa en los rojos labios de la dueña de la casa.

—Está bien, luego las atenderé. ¿Continuamos, señor Kipper?

—Usted me manda, señora.

Kitty se inclinó un poco para llenar de nuevo las copas. El gesto permitió al forastero contemplar las curvas perfectas de unos senos de trazado clásico.

Cuando tomó la copa, habló de nuevo:

—Antes dijo que la mujer asesinada era su madre. ¿Qué pasó?

—Tenía un cuarto de sangre negra. Por tanto, yo tengo un octavo —respondió Kitty sosegadamente—. A pesar de que mi madre era de color, hubo un hombre blanco que se enamoró de ella. Y fueron enormemente felices, aun con las dificultades contra las que tuvieron que luchar en esta maldita población. Pero él murió prematuramente; apenas tenía yo doce o trece años. Mi madre, viuda, era aún muy guapa y fue siempre muy solicitada, pero ya puede usted imaginarse qué género de proposiciones recibía. Ella, sin embargo, fue fiel a la memoria de su esposo, hasta el día en que murió.

—¿Por qué la mataron?

—Entre otras cosas, la acusaron de bruja. Pero prefiero que se vaya usted enterando por sí mismo o por los ayudantes que contrate. De este modo, conseguirá una visión imparcial de los hechos. No obstante, voy a darle un consejo.

—Sí, señora.

—Tenga cuidado. En Battersyde viven todavía los principales protagonistas de aquellos sucesos. Son blancos y no tolerarán que un forastero venga a desempolvar algo que creen olvidado.

—El encargo que me ha confiado usted, señora, no tiene nada de cómodo —se quejó Kipper.

Ella rió suavemente.

—¿Acaso era más fácil el caso Dawstone? Sin embargo, lo sacó

adelante con una brillantez de la que todavía hoy se habla en Nueva Orleáns.

—Tuve un poco de suerte, a decir verdad —contestó él—. Pero, puesto que voy a estar a su servicio, deseo saber algo, con toda claridad, sin rodeos de ninguna clase.

—Adelante, señor Kipper.

—¿Es usted muy rica?

Kitty se sobresaltó ligeramente.

—¿Cómo? ¿Teme que no le pague?

—No es eso, señora; si su causa fuese justa y no tuviese dinero, yo la defendería gratuitamente. Pero es un detalle que me importa conocer, para mi propio gobierno.

—Sí, soy rica —declaró Kitty con altivez—. Hace doce años, me casé con Homer Vanderbolt. No era mucho mayor que yo, sólo me pasaba veinte años, pero ya sabe usted, los negocios matan a los hombres…

—Sí, el infarto —sonrió Kipper.

—Mi difunto esposo dejó una fortuna que los albaceas testamentarios tasaron en unos treinta millones de dólares, deducidos ya los impuestos correspondientes a la herencia.

Kipper silbó tenuemente.

—No cabe duda. Es usted una mujer rica. Pero le voy a dar un consejo. No use su dinero como arma para la venganza.

—Antes ha dicho que si mi causa es justa, usted me defendería, aunque no tuviese dinero.

—Señora, presumo que su causa es justa, *sub conditione*. Eso quiere decir que si yo descubro al asesino de su madre, se lo comunicaré a usted, pero, a partir de ese momento, quedaremos desligados y no aceptaré que usted me contrate como acusador privado contra esa persona. ¿Ha comprendido?

—Está muy claro —dijo ella—. ¿Necesita algún anticipo?

Kipper se puso en pie.

—Por ahora, no, gracias —contestó.

Kitty se levantó también.

—Le acompañaré —sonrió.

En aquel instante, llamaron a la puerta. Solly entró a poco, con una bandeja de plata en la mano derecha.

—Perdone la señora —dijo—, pero hay un caballero que insiste

en visitarla. Le he dicho que estaba usted muy ocupada, pero, a pesar de todo, me ha dado esta tarjeta para usted. Asegura que la señora le recibirá en seguida…

Kitty examinó la tarjeta. El abogado apreció en sus ojos un leve brillo de cólera, pero el hermoso rostro de la mujer, no obstante, permaneció inalterable.

—No quiero recibir a ese individuo —manifestó—. Y si insiste, arrójalo de mi casa por la fuerza.

—Bien, señora.

Solly se retiró. Kitty señaló el camino a su visitante.

—Por aquí —dijo.

Kipper y la dueña de la casa salieron juntos. Al llegar al vestíbulo, dos mujeres que estaban sentadas en un canapé, se levantaron de inmediato.

Las dos pasaban en edad a Kitty y vestían modestamente. Eran jóvenes todavía, pero ya aparecían ajadas hastiadas de una vida monótona y sin alicientes.

—Ah, Molly Rawlins y Susan Cannebar —dijo Kitty—. Les atenderé enseguida. Esperen un momento, por favor.

—Sí, Kitty, lo que tú digas…

La dueña de la casa se volvió de pronto hacia Molly Rawlins, que era la que acababa de hablar.

—¡Señora Vanderbolt! —dijo, furiosa—. Para ustedes dos, yo seré siempre la señora Vanderbolt, sean o no mis empleadas. ¿Acaso piensan que han vuelto a los tiempos de hace quince años?

Molly enrojeció vivamente y murmuró unas confusas palabras de disculpa. Kipper disimuló la sorpresa que le producía la violenta reacción de Kitty. En su fuero interno pensó si no habría algo más que el linchamiento de una mujer de color, ocurrido tres lustros antes.

Un segundo después, el rostro de Kitty había adquirido su expresión normal de amabilidad hacia el visitante.

—Confío en usted, señor Kipper —dijo, ya a pocos pasos de la puerta—. Y, por favor, siempre que tenga noticias interesantes que comunicarme, venga a verme. A cualquier hora del día o de la noche —añadió intencionadamente, en alta voz, para que la oyeran las dos mujeres que aguardaban con resignada mansedumbre a poca distancia.

CAPÍTULO III

El pueblo estaba habitado por una especie de gentes que él conocía muy bien: blancos pobres, pero orgullosos. Incluso, por lo que sabía, los habitantes de Battersyde habían conseguido que se marchasen las personas de color. Eran gentes que vivían aún en el pasado, soñando con glorias que eran menos que humo y completamente incapaces de reaccionar con el afán suficiente para elevarse un poco de la casi total miseria en que vivían.

Kipper pensaba todo esto al día siguiente de su llegada, mientras contemplaba la calle principal desde la ventana del cuarto del hotel en que se había hospedado. El encargo de la señora Vanderbolt no sería fácil, ciertamente, pero quizá ello lo hacía doblemente más atractivo.

Una mujer de color linchada quince años antes…, pero ¿no habían existido otros motivos para aquel crimen? El dueño del hotel se había mostrado muy reticente cuando él mencionó el tema a la hora de la noche. Kipper presumía que iba a encontrarse con un muro de cerrado silencio en torno a la muerte de la señora Simmons.

Pero la señora Vanderbolt tenía razón: el caso Dawstone había sido mucho más difícil y él había conseguido llevarlo a buen puerto. No obstante, presentía que el regreso de Kitty estaba directamente relacionado con una venganza, cuya ejecución había meditado largamente durante tantos años.

Si era así, si Kitty pretendía vengarse, lo impediría al precio que fuera; no porque pensase que el criminal debía quedar libre, sólo por ser blanco, sino porque había tribunales de justicia que se encargarían del castigo consiguiente.

De pronto, vio una furgoneta rural que se detenía casi frente al hotel. Una chica de pelo castaño y ademanes desenvueltos, vestida

con camisa a cuadros y pantalones de peto, saltó del vehículo y se metió en la tienda junto a la que se había apeado.

Kipper sintió inmediatamente deseos de hablar con Carolyn. Estaba vestido y sólo le faltaba ponerse la chaqueta. Momentos después, salía del hotel.

Esperó junto a la furgoneta, hasta que vio salir a la muchacha con un montón de paquetes en las manos. Entonces se precipitó a ayudarla.

—¿Me permite?

Carolyn sonrió encantadoramente.

—¿Es esto todo lo que ha venido a hacer en Battersyde? —preguntó, mientras él dejaba los bultos en la zaga del vehículo.

—¿Qué es lo que he venido a hacer aquí, señorita Brent? —preguntó, malicioso.

—Es usted muy listo. Seguro que sabe que ya he oído comentarios acerca de los motivos de su llegada a la ciudad.

—¿Me equivoco?

—No. Acaban de decírmelo en la tienda.

—Bien, en tal caso, ¿por qué no me ayuda usted un poco?

—¿Ayudar? ¿En qué? ¿Pasando a máquina sus anotaciones?

Kipper se echó a reír.

—No se salga por la tangente —dijo—. ¿Qué sabe usted de la muerte de Eileen Simmons?

Por el contrario, Carolyn se puso muy seria.

—Hubo algo más —contestó—. Sí, fue un crimen vergonzoso y el alguacil lo dejó impune, aunque conocía a los asesinos. Pero, a fin de cuentas, se trataba de una mujer de color y tanto el alguacil como los asesinos eran blancos.

—Desgraciadamente, ha pasado en muchas ocasiones —suspiro él—. Pero ¿por qué ha dicho que hubo más?

—Ha estado con Kitty Simmons…

—Katherine Vanderbolt, no lo olvide —corrigió Kipper.

—Bueno, como quiera. Ella no se lo ha dicho, ¿verdad?

—Ha mencionado el asesinato de su madre, eso es todo.

—Me extraña que no le haya hablado del ataque de que fue objeto entonces, el mismo día. Meses más tarde, tuvo que abandonar la ciudad. Iba a tener un hijo.

Kipper se quedó boquiabierto. Antes de que pudiera reaccionar,

Carolyn trepó a la cabina y dio el contacto. Pero Kipper saltó hacia adelante y se situó junto a la portezuela, cuando ella ya embragaba.

—Un momento —exclamó—. En aquella época usted debía de ser una niña. No parece lógico que supiera ciertos detalles escabrosos…

—Me lo contó mi madre, cuando ya tenía edad para no asustarme de las cosas de la vida —respondió Carolyn—. Adiós, señor Kipper.

La furgoneta arrancó. Kipper quedó junto a la acera, lleno de perplejidad, pasmado por la revelación que acababa de escuchar y sin comprender en absoluto por qué Kitty había omitido contarle aquel importante pasaje de su vida.

Sin embargo, ¿no le había dicho también que prefería que averiguase por sí mismo ciertos detalles de lo ocurrido quince años antes, a fin de obtener una visión más imparcial de los hechos?

Pero con respecto al asesinato de una mujer de color, ¿podía haber alguien imparcial en un pueblo habitado únicamente por blancos furibundamente racistas?

Alguien se le acercó de pronto. Era un sujeto alto, fornido, de aspecto altanero y de unos treinta y ocho años de edad.

—Usted es el abogado Kipper —dijo.

El forastero se volvió y miró de frente al hombre que acababa de interpelarle.

—Sí —contestó.

—Me llamo Vinceton, Martin Vinceton. Por si no lo sabía, le diré que soy el visitante a quien esa ramera llamada Kitty Simmons no quiso recibir ayer por la tarde.

—Sus razones tendría, supongo —sonrió Kipper—. Pero ella se llama ahora…

—En Battersyde será siempre Kitty Simmons —cortó Vinceton secamente—. Y aunque tenga el pelo rubio, es una negra.

—La culpa no es mía, en todo caso, señor Vinceton.

—La culpa suya, abogado Kipper, es haber acudido a Battersyde llamado por esa perra. Conocemos los motivos que le han traído aquí. Le daré un consejo: váyase antes de que sea demasiado tarde. Todavía tiene tiempo de marchar de Battersyde.

—Señor Vinceton, ¿fue usted uno de los que tomaron parte en el asesinato de Eileen Simmons?

Los ojos de Vinceton se inflamaron de cólera. De súbito, disparó el puño derecho.

Sorprendido, Kipper no pudo esquivar el golpe y cayó de espaldas al suelo. No lejos de allí sonaron unas risitas.

—¡Bravo!

—Buen derechazo, señor Vinceton.

—Para un entrometido, aún es poco…

Kipper se tocó el mentón. De la comisura de los labios salía un poco de sangre. Ardía en cólera interiormente, pero logró dominarse. Vinceton esperaba su respuesta, a tres pasos de distancia, con los puños cerrados. Kipper se dijo que no le daría el gusto de una pelea.

Lentamente, se puso en pie, sacudiéndose el polvo de las ropas. Perseguido por las risas de los espectadores de la escena, caminó de vuelta hacia el hotel.

La misión que Kitty le había confiado iba a resultar muy difícil. Y peligrosa, se dijo.

* * *

Aquella mañana, Bill Culberts despertó muy tarde, sintiendo la boca seca, como de costumbre. Rascándose el pecho con las manos, dejó el astroso lecho en que había dormido y, sin más salió al patio que había detrás de la mísera cabaña en que vivía.

La última botella estaba vacía y ya tenía sed. Hurgó en sus bolsillos y sólo pudo encontrar una moneda de cinco centavos. Bien, Evans Mac Cormick le daría un par de tragos a cambio de barrerle el local. Sucedía así la mayor parte de los días del año. Luego, Andrew Moore, el dueño de la tienda, le daría algo de pan y jamón cocido, por la misma operación.

Manejó la roñosa bomba de agua y metió la cabeza bajo el chorro de agua. Sacudiéndose como un perro, sin secarse siquiera, agarró el destartalado sombrero y emprendió la marcha hacia la ciudad, situada a menos de doscientos metros de distancia de su mísera vivienda.

Una mujer se cruzó con él a los pocos minutos. La mujer lanzó un penetrante chillido y echó a correr.

—Está loca —rezongó Culberts—. Abbie Kentee ha sido siempre una histérica.

La gente le miraba con enorme asombro al verle pasar. Culberts no entendía los motivos de aquellas miradas. De pronto, llegó a la cantina de Mac Cormick.

Se lamió los labios. Evans le daría ahora un trago y…

Entró. El tabernero fregaba unos vasos.

—Hola, señor Mac Cormick —dijo Culberts.

Mac Cormick suspendió su tarea.

—Bill, ¿te has caído a una tina de alquitrán? —preguntó.

—Señor Mac Cormick, no tengo ganas de bromas por las mañanas —rezongó el individuo.

—Yo tampoco, Bill. Pero te diré que no estamos en carnaval y que, por tanto, no es hora aún de disfrazarse.

—Está bien, si no quiere darme una copa, dígalo, pero no se ría de mí. ¿Qué diablos pasa? ¿Acaso no soy el mismo de todos los días?

—Pues… yo diría que no, Bill. Aunque, ¿por qué no te miras en el espejo?

Culberts parpadeó. Luego dio unos pasos laterales para situarse frente al espejo inclinado que había tras el mostrador.

El vidrio azogado le devolvió la imagen de un hombre de color, con el rostro de ébano. Culberts lanzó un espantoso alarido.

Mac Cormick movió la cabeza.

—Uno es tabernero y vive de vender bebidas, pero no puede aprobar los excesos del alcohol —dijo sentenciosamente.

Culberts no le oía. Frenéticamente, se pellizcaba la cara, los brazos, el pecho… De repente, con las dos manos, se desgarró la mugrienta camisa que llevaba puesta.

Otro feroz chillido brotó de su garganta. La piel del resto del cuerpo era tan negra como la de la cara.

Mac Cormick frunció el ceño. En un principio, había creído realmente lo de la broma, pero ahora veía con toda claridad que, por alguna causa desconocida, Bill Culberts se había transformado en un hombre de color.

Negro.

Color negro, como el del cielo en una noche sin luna.

Culberts pareció enloquecer y salió disparado hacia la puerta.

—¡Negro! ¡Soy negro, negro, negro…!

Corría ciego, sin ver, con la mente oscurecida por el repentino

terror que le había asaltado al ver la transformación de que había sido objeto. Por dicha razón, no vio el pesado camión de transporte que llegaba en aquel preciso instante y se metió directamente bajo sus ruedas.

* * *

Todavía le dolía la mandíbula, algo hinchada por otra parte. Era ya de noche y la ciudad estaba bajo la terrible impresión causada por la muerte de Bill Culberts.

Kipper entró en la taberna y buscó un rincón solitario. Varios pares de ojos le miraron con no disimulada hostilidad.

Mac Cormick se le acercó.

—¿Qué desea, señor? —preguntó.

—*Whisky* con hielo, por favor.

—Sí, señor, al momento.

El tabernero se marchó, para volver momentos más tarde. Al dejar el vaso sobre la mesa, Kipper puso un billete al lado.

—Usted es Evans Mac Cormick —dijo.

—Sí, señor Kipper.

—Me conoce —sonrió el abogado.

—En este pueblo nos conocemos todos muy pronto.

—Ya. Evans, ¿puedo hablar con usted?

Mac Cormick le miró profundamente.

—Cierro a las once —contestó—. Gracias, señor.

El tabernero se alejó. Alguien dijo:

—Lo del pobre Bill es cosa de Kitty Simmons. Es tan bruja como su madre. Tendremos que colgarla también…

Kipper sintió una furia infinita contra aquellos insensatos. ¿De dónde se habían sacado aquellos pobretones su pretendida superioridad?

Eran mentes cerriles, espantosamente condicionadas por años y años de una educación absolutamente equivocada. Nada de lo que dijera o hiciera conseguiría variar su opinión, pensó.

La taberna se quedó vacía a una hora relativamente temprana. Mac Cormick empezó a correr las cortinas. Luego apagó algunas luces y se acercó a la mesa en que se hallaba el forastero.

—A su disposición, señor Kipper —dijo.

El joven sonrió.

—Parece que usted piensa de modo un tanto distinto a sus conciudadanos —observó.

Mac Cormick hizo un gesto ambiguo.

—En este mundo hay sitio para todos, cualquiera que sea el color de la piel —contestó.

—Eso no lo dirá Martin Vinceton, por ejemplo.

—Es un tipo orgulloso, pagado de su ascendencia, pero está arruinado. Se cree algo sólo porque su abuelo fue general sudista y, en tiempos, dueño de media población. Pero su padre primero y él después, malbarataron una hacienda que, bien cuidada, halaría podido mantenerles en la opulencia.

—Sin embargo, diríase que sigue considerándose el amo del pueblo.

—En todo caso, no de esta taberna —respondió Mac Cormick secamente.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, Mac —sonrió Kipper.

—Contestaré lo que sepa, abogado. ¿De qué se trata?

—¿Quién mató a la señora Simmons? Oh, ya sé que intervinieron varios, pero hubo alguien que los azuzó, que provocó la cólera general…

Mac Cormick movió la cabeza.

—Ese hombre ha permanecido en la sombra desde entonces. Si alguno lo conoce, ha ocultado su identidad hasta el momento.

—¿Había motivos para asesinar a la señora Simmons? Visto desde el pensamiento de un hombre blanco y cerradamente racista, por supuesto.

—La acusaron de bruja, pero no sé más…

—¿Qué pasó con su hija?

—Fue la misma noche en que Eileen murió. Un pequeño grupo de linchadores se llevaron a la muchacha lejos de Fiat Hill. Imagínese lo que le hicieron.

—¿Protestó ella después?

Mac Cormick rió despectivamente.

—¿Quién iba a hacer caso de las palabras de la hija de una negra?

—Eileen no era negra; sólo cuarterona.

—Para estos tipos, todo el que no es blanco, es negro.

—Entiendo. ¿Sabe usted quiénes… tomaron parte en la segunda

salvajada?

—Conozco los nombres, pero no tengo pruebas para acusarles.

Kipper comprendió la postura del tabernero. Desaprobaba lo ocurrido, pero, en cierto modo, debía mantenerse al margen del asunto.

—¿Qué pasó después? —preguntó.

—La gente se mostraba como arrepentida de lo sucedido con Eileen. Pero cuando se supo que Kitty iba a tener un hijo, la arrojaron de la ciudad. Faltó poco para que la lapidaran, señor Kipper.

El abogado asintió. Después de aquello, comprendía perfectamente el odio y el resentimiento que Kitty había acumulado durante quince largos años.

CAPÍTULO IV

EL hombre, que vestía una chaquetilla blanca, salió del despacho, secándose las manos con una toalla.

—Me han dicho que deseaba hablar conmigo, abogado Kipper.

—En efecto, doctor Landsburg. A menos que sea secreto judicial, deseo conocer el resultado de la autopsia que usted ha practicado al cadáver de Bill Culberts.

—Murió por aplastamiento del cráneo. El camión pesaba veintisiete toneladas y una rueda delantera le…

—Doctor, yo me refería a la transformación epidérmica de Culberts. Lo otro, el atropello, no me interesa.

—¿Y por qué le interesa la mutación de la piel?

Kipper captó instantáneamente una nota de hostilidad en la voz del galeno. Un diploma de médico no era suficiente para cambiar de forma de pensar a la gente.

—Retiro la pregunta, muchas gracias —dijo disponiéndose a salir, cuando Landsburg le detuvo:

—Espere, abogado.

Kipper se volvió. El médico se pasó una mano por la frente.

—No lo entiendo —dijo—. Conocía bien a Culberts, lo conocía desde hace muchísimos años. Francamente, no puedo comprender por qué se volvió negro en sólo veinticuatro horas.

—Menos, doctor; se volvió negro, de la noche a la mañana.

—Sí, tiene usted razón, pero yo me siento incompetente para encontrar las causas de esa mutación. He enviado muestras de la piel al laboratorio de la policía de Nueva Orleáns. No puedo decir más, hasta que reciba el resultado del análisis.

—Vendré a verle de cuando en cuando, doctor —se despidió Kipper.

Landsburg no dijo nada. Kipper salió a la calle. ¿Quién más, en

Battersyde, podría facilitarle datos sobre las personas que habían tomado parte en los tumultos de quince años atrás?

De pronto, creyó haber encontrado la solución.

* * *

Deborah Brent trajo la bandeja con el servicio a la mesa y llenó la taza de café a su visitante.

—De modo que usted quiere saber los nombres de las personas que intervinieron en aquella serie de canalladas —dijo.

—Si es usted tan amable, señora…

Deborah sonrió. Era una mujer cercana al medio siglo de edad, regordeta y muy agradable y simpática.

—¿Por qué iba a callarme lo que sé? —contestó—. Sí, conozco algunos nombres, aunque no puedo decirle el grado de intervención de cada cual. Pero se portaron como salvajes, sólo porque Eileen tenía un poco de sangre negra en sus venas.

—¿La conoció usted personalmente?

—Y la traté e incluso éramos bastante amigas. Créame, no hubo brujería en su linchamiento, a pesar de que ése fue el motivo oficial. El motivo auténtico fue Fiat Hill, la posesión de su difunto esposo. Era bastante extensa, ¿sabe?

—¿Qué valor puede tener ese terreno, señora?

—Lo ignoro. Mi esposo nunca lo supo tampoco del todo. Pero había alguien que quería quedarse con Fiat Hill y tramó aquella salvajada, para conseguir los terrenos.

—En lo cual, parece, ha fracasado.

—Sí, ciertamente. Él que lo hizo, pensó que Kitty vendería, pero la chica se negó siempre. Incluso cuando se marchó de la ciudad…, mejor dicho, la expulsaron.

—Porque iba a tener un hijo no deseado.

—Exactamente. Debo confesarle, señor Kipper, que después de la muerte de su madre, Kitty cosechó muchas simpatías. La trataban afectuosamente, todos querían ayudarla…, pero cuando la gente se enteró de que iba a tener un hijo, sin estar casada, le volvieron la espalda.

—Ella no era culpable, señora Brent.

—Se supo mucho después. Alguien se emborrachó un día y contó lo sucedido la noche en que murió Eileen. Pero Kitty hacía

años que había desaparecido ya de la ciudad.

—¿Quién fue el que habló, señora?

—Pete Donaldson, pero murió ahogado en el Ankade. Es extraño, su cuerpo apareció en un sitio donde hay apenas dos palmos de agua. Muchos dicen que fue un crimen en venganza de haber dicho la verdad de lo que le sucedió a la pobre Kitty.

La puerta de la sala se abrió de pronto. Carolyn entró, pero se detuvo en el acto al reconocer al visitante.

—Hola —dijo secamente.

—Carolyn, conoces al señor Kipper —sonrió su madre.

—Sí, le conozco —admitió la muchacha, mientras dejaba sobre la mesa los paquetes que traía en las manos—. ¿Ha estado sonsacándote, mamá?

—¡Carolyn! ¿Qué forma de hablar es ésa? —gritó la señora Brent.

Pero ella no hizo el menor caso del reproche maternal. Se volvió hacia el visitante y señaló la puerta.

—Salga —ordenó.

Kipper recogió su sombrero.

—Señora Brent, muchas gracias por el café —sonrió.

Pasó junto a Carolyn. El pecho de la joven, apreció, aparecía tempestuosamente agitado. ¿Otra fanática racista?, se preguntó.

* * *

Solly abrió la puerta y enseñó unos dientes blanquísimos al sonreír.

—Pase, señor Kipper —dijo—. La señora está en sus habitaciones del piso superior.

—Gracias, Solly.

—La señora me ha dado orden de recibirle en cualquier momento que llegue usted. Por aquella escalera, señor.

La casa, evidentemente antigua, había sido restaurada con buen gusto. En todo caso, los muebles viejos habían desaparecido. Todo era nuevo, flamante, pero Kipper no dejó de notar la mano de un excelente decorador.

En el piso superior había una gran puerta, con molduras doradas. Kipper tocó con los nudillos. La voz de Kitty se dejó oír en el acto.

—Entre.

Kipper abrió y se encontró en una espaciosa sala de recibo. A la derecha vio una puerta abierta a medías, al otro lado de la cual se divisaba un lujoso dormitorio, que ocupaba al menos la mitad de la planta superior.

—¿Kipper? —preguntó ella.

—Sí, señora Vanderbolt.

—Estoy en el baño. Pase.

Kipper respingó. Entró en el dormitorio y vio a la derecha otra puerta entreabierta, a través de la cual salían ruidos de agua agitada por la persona que estaba en la bañera.

—Hable, abogado —invitó Kitty.

—He averiguado algunas cosas, señora…

—Yo también sé que Vinceton le pegó. ¿Por qué no respondió?

—Quizá era lo que él esperaba, para azuzarme a sus amigotes.

—En tal caso, hizo bien al contenerse. No me interesa que lo machaquen, abogado.

—Muchas gracias, señora Vanderbolt —dijo él, irónico.

—Me interesa que llegue al fondo del asunto. ¿Qué ha llegado a saber?

—Algunos nombres. Por ejemplo, el de Pete Donaldson.

—¡Donaldson! —repitió ella explosivamente.

—Lo conocía, ¿eh?

El agua se agitó en la bañera.

—Sí, abogado —contestó ella.

—Murió ahogado en un sitio sin profundidad apenas.

—Entonces, lo asesinaron sin lugar a dudas, señor Kipper.

—¿En cuál de los dos crímenes tomó parte Donaldson?

—¿Qué quiere decir usted?

—Vamos, vamos, señora; un cliente tiene la obligación de franquearse absolutamente con su abogado. ¿Por qué no me contó lo que hicieron con usted aquella noche?

Kitty salió repentinamente del baño, descalza, pero envuelta en una toalla. Tenía el pelo cubierto por un gorro de baño y se lo arrancó de un manotazo, tirándolo al suelo acto seguido.

—No es eso lo que yo le encargué que averiguase, abogado —dijo, mientras se iba detrás de un biombo.

—Lo siento. Me enteré sin proponérmelo. Pero después de que lo

he sabido, creo que los dos acontecimientos, en cierto modo, están relacionados.

—No. Sólo me interesa la muerte de mi madre.

—¿Y su hijo? Tiene un padre, ¿verdad?

Los dorados hombros de Kitty asomaron por encima del biombo cuando ella le dirigió una mirada llameante.

—El niño nació muerto, además de prematuramente —dijo—. Alguien dijo que esa mala raza debía ser extirpada. Lo dijo, claro, después de haberme pegado un puntapié en el vientre.

Kipper se quedó parado.

—Oh, no lo sabía… —murmuró—. Dispénseme, señora.

—Ya no importa, Kipper. Usted sabe bien qué es lo que importa verdaderamente.

—Sí, pero no será fácil…

—Si hubiera pensado que iba a ser fácil, no le habría contratado a usted.

Kipper suspiró.

—Gracias, señora. Seguiré investigando —dijo.

Kitty abandonó el biombo, envuelta en una larga bata de seda negra, adornada con grandes flores y dragones de oro. Ahora sonreía.

—A veces soy brusca —dijo—. Perdóneme, la vida me ha tratado muy mal, se lo aseguro.

—No se preocupe. ¿Sabe lo que le sucedió a Culberts?

—Sí. Horrible, ¿no cree?

—Espantoso. Pero hay algo que me llama la atención sobremanera.

—A ver, dígalo.

—¿Puedo ser franco con usted?

—Se lo exijo, abogado.

—Está bien. Culberts fue uno de los seis o siete sujetos que tomaron parte en…, en la segunda salvajada de aquella noche.

Los labios de Kitty se contrajeron.

—No lo sabía —contestó.

—Está mintiendo, Kitty.

Ella le volvió la espalda bruscamente y se sentó ante el espejo para cepillarse el pelo.

—Le repito, una vez más, que lo que verdaderamente me

interesa es saber el nombre del que azuzó a la gente para matar a mi madre —dijo.

Sobrevino una pausa de silencio. Kipper entendió que la dueña de la casa ya no quería seguir hablando.

—Adiós, señora.

—Adiós.

Kipper echó a andar hacia la puerta. De pronto, recordó algo.

—¿Señora?

—Dígame, abogado.

—Usted no se ha movido de casa y Solly tampoco. ¿Cómo ha sabido que Vinceton…?

Ella soltó una risita.

—La cocinera y la doncella me tienen bien informada de lo que pasa en el pueblo —contestó.

—También pueden informar a otros…

—Tendrán la boca cerrada. Los otros no tienen dinero y yo sí.

El orgullo de su riqueza explotaba en los labios de Kitty, pensó el abogado. Pero aquel orgullo podía provocar otras explosiones de consecuencias muy desagradables.

CAPÍTULO V

El «Rolls» se detuvo delante de la oficina de Kentee. Solly se apeó y abrió la portezuela. Kitty se apeó y entró en la casa, contemplada por un grupo de ociosos, que la miraban con mal disimulada hostilidad.

Sentado en la veranda de la taberna de los Mac Cormick, Kipper se preguntó por los motivos de la visita de Kitty al corredor de fincas. Tendría que preguntárselo a ella, se dijo. Y exigirle una respuesta.

La furgoneta de Carolyn llegó en aquel momento. Ella entro en la tienda, Kipper se levantó y cruzó la calle sin prisas.

Esperó a la muchacha. Quince minutos más tarde, cuando ella salió cargada, le tomó los paquetes.

—Si no le importa —dijo, sonriendo.

Carolyn alzó la cabeza desdeñosamente. Pero habló entre dientes:

—Están amenazando a la gente.

Kipper tuvo un instante un sobresalto. Luego hizo un encogimiento de hombros.

—No hay para ponerse así —dijo, como si reprochara a la joven su ficticio desabrimiento—. ¿Cuándo puedo ir a verla?

—Esta noche, junto al puente.

Las dos últimas frases habían sido pronunciadas en voz muy baja. Kipper se preguntó cuál de aquellos orgullosos blancos estaría vigilándoles.

De repente, oyó un grito:

—¡Negra, perra negra!

Kipper y la muchacha se volvieron al mismo tiempo. En pie, erguida, ante la oficina de Kentee, la dueña de Fiat Hill contemplaba sonriendo desdeñosamente a los ociosos.

—¡Sucia negra, vete de la ciudad! —gritó el mismo.

Solly crispó los puños, pero Kitty extendió una mano:

—Quieto —ordenó.

El chófer se detuvo en el acto. Kitty dio un paso lacia delante, aunque no llegó a bajar de la acera.

—Tony Hickam, ¿eres tú el que me has llamado perra negra? —preguntó.

—Sí —contestó el aludido, hinchando el pecho orgullosamente —. Y lo repito y lo sostengo…

Impasible, Kitty sacó un pañuelo de su bolso.

—Tony, ven a limpiarme los zapatos —dijo.

Hickam lanzó una estentórea carcajada.

—¿Habéis oído, chicos? ¡Dice que le limpie los zapatos! —gritó.

Las risas sonaron estruendosas. Carolyn se sintió aprensiva.

—Puede pasar algo —murmuró.

—Espere —dijo Kipper.

—Tony, aquí, en esta mano, tengo un pañuelo para que me quites el polvo de los zapatos. ¿Ves este billete? Es de cien dólares —exclamó Kitty.

Las risas cesaron bruscamente. Hickam fue el primero en dejar de reír.

Nervioso, se pasó el dorso de la mano por los labios, luego miró a los que se encontraban a su alrededor.

Kipper estudió a Hickam. Era un hombre de la misma edad que Kitty, aproximadamente. Sí, podía ser directamente uno de los componentes del grupo que la habían violado.

—Vamos, Tony, ¿a qué esperas? —dijo ella, en medio de un profundo silencio, mientras hacía ondear suavemente el billete de cien dólares.

De repente, los nervios de Hickam cedieron y cruzó la calle corriendo.

—Dame los cien dólares…

—Arrodíllate.

Hickam se arrodilló. Kitty dejó caer el pañuelo.

Sonreía mientras el sujeto le limpiaba los zapatos. Unos segundos más tarde, el billete revoloteó en el aire. Hickam no lo dejó llegar al suelo. Se puso en pie y ya daba media vuelta cuando, súbitamente, Kitty sacó otro billete.

—Espera, Tony, todavía no he acabado. Ahora grita: ¡soy un cerdo asqueroso!

Hickam la miró con odio infinito. Tenía los ojos extraviados. Kipper se dio cuenta de que el sujeto se percataba de su propia bajeza, pero la codicia le hacía olvidar cualquier otro sentimiento.

—¿Tony?

—¡Soy un cerdo asqueroso! —gritó Hickam a voz en cuello.

Ostentosamente, Kitty escupió en el billete y lo tiró al suelo. Hickam se abalanzó sobre el papel, murmurando palabras incoherentes, mientras ella, majestuosa como una reina, se dirigía hacia el coche.

En la veranda de la taberna, reinaba un silencio absoluto.

—A Kitty le hicieron un daño terrible hace quince años, pero su venganza va a ser aún más terrible —murmuró Kipper.

Carolyn asintió.

—Sí, será terrible —convino, con un fuerte estremecimiento.

* * *

Una linterna chispeó al otro lado del puente. Kipper redujo la marcha y detuvo el vehículo apenas hube pasado.

—Aparque ahí y desconecte las luces —indicó Carolyn.

Kipper obedeció. Carolyn se le acercó mientras terminaba la maniobra.

—Siento haberle citado a estas horas —se disculpe la muchacha.

—No se preocupe —sonrió él—. ¿Quién es el que la ha amenazado?

—¿A mí sola? —Carolyn rió amargamente—. El… que sea, ha amenazado a todo el pueblo.

—¿Verbalmente?

—No. Lea.

Kipper tomó el papel que le entregaba Carolyn. Ella encendió la linterna, para que el abogado pudiera leer el mensaje escrito con letras mayúsculas, de trazo grueso y deliberadamente irregular:

«No hablen o lo pasarán muy mal».

—Mi madre lo ha comentado con la señora Mac Cormick. Ella también ha recibido otro mensaje análogo. Por lo que ha escuchado en la taberna, no hay vecino en la población que no tenga su correspondiente aviso.

—¿Se le ocurre algún nombre, señorita Brent?

—Sólo uno, abogado.

—Bien, dígalo.

—Vinceton.

—He oído hablar de él. Está arruinado, pero sigue considerándose algo así como un señor feudal. ¿Qué puede decirme de él?

—Pretendió a Kitty en tiempos. Ella no le quería en absoluto.

Kipper arqueó las cejas.

—¿Cómo? ¿El señor de Battersyde pretendía casarse con una mujer blanca que tenía un octavo de sangre de color?

Carolyn rió despectivamente.

—La madre de Kitty era una cuarterona que tenía algo de inmenso valor: Fiat Hill —contestó.

—¿Cuál es el valor de Fiat Hill? Porque nadie ha sabido decírmelo…

—Hubo un tiempo en que Battersyde parecía que iba a progresar mucho. Había industrias que iban a instalarse en la población, pero el lugar donde está ahora es un tanto insano. Fiat Hill es limpio y no hay mosquitos ni charcas.

—Comprendo. ¿Qué pasó después? ¿Por qué no se instalaron las industrias?

—La muerte de Eileen lo trastornó todo. Hizo mucho ruido, ¿sabe? Los asesinos no fueron castigados, pero tampoco pudieron evitar el escándalo. Si se hubieran montado esas industrias, habrían tenido que importar gran número de trabajadores. Muchos habrían sido de color. ¿Quién desea arriesgar su dinero en un lugar donde las luchas racistas pueden envenenar el ambiente?

—Comprendo. De modo que si alguien pensaba quedarse con Fiat Hill, golpeó en vano.

—Exactamente. Battersyde continúa vegetando… y cuando menos lo esperaba nadie, ha llegado Kitty.

—Para vengarse.

—¿Vio usted a Hickam? Es uno de los que más chillaban contra ella, el hombre que hoy, en público, la insultó con las peores palabras que se pueden dirigir a una mujer. Le aseguro que estoy completamente de acuerdo con Kitty, al menos, con lo que ha hecho hoy.

—Sí, una venganza muy refinada al módico precio de doscientos dólares —convino Kipper—. Pero eso no hace más que añadir presión a la caldera.

—El fuego estaba apagado y ella lo ha encendido de nuevo. Usted conoce su historia. Trate de comprenderla.

—La venganza no es buena. Su sabor, primero dulce se hace luego terriblemente amargo.

—Para quien ha vivido amargamente tantos años, no hay ya amargura superior a la que ha padecido, señor Kipper.

—Estoy de acuerdo con usted —suspiró él—. Carolyn, una última pregunta, por favor.

—Sí.

—¿Quién organizó el linchamiento de Eileen Simmons?

—¿Quién es el que más interés podría tener en conseguir la propiedad de Fiat Hill?

Era una respuesta que incitaba a la reflexión, pensó Kipper.

—Lo averiguaré —se despidió, sonriendo.

* * *

Un sonoro bostezo se escapó de los labios de Dotty Hickam cuando se sentó en la cama, tras haberse despertado. El tirante izquierdo de su camisón se le cayó y ella volvió a subirlo con gesto maquinal. Luego gire un poco y sacó los pies de la cama.

A su lado, Tony Hickam su esposo, roncaba sonora mente. Dotty estaba acostumbrada ya a que Tony volviese borracho perdido gran parte de las noches. Podía emborracharse todo lo que quisiera; una vez había intentado pegarle y ella le había roto una silla en la cabeza. Desde entonces, Tony había adquirido un sano temor a las violentas reacciones de su mujer.

Dotty se puso en pie y fue al baño. Volvió momentos más tarde, sin dejar de bostezar. Tony continuaba roncando, con la cabeza parcialmente oculta bajo la almohada. Dotty se dijo que al precio que su esposo había percibido, valía la pena limpiar los zapatos de la forastera todos los días.

Ella se miró al espejo del tocador. El vidrio le devolvió la imagen de una mujer delgada y pálida, bordeando la cuarentena, de pecho casi plano y caderas escurridas. Hubo un tiempo en que Dotty arrastraba tras sí a todos los jóvenes de Battersyde, pero eso

se había acabado hacía ya un siglo, le parecía.

Empezó a vestirse. Se preguntó por qué ella no había tenido la suerte de encontrar, un marido rico, como Kitty Simmons. Ahora nadaría en la opulencia y…

De pronto, sonó la voz de Tony, espesa, pastosa:

—Dotty, tráeme pronto un litro de café y dos aspirinas. ¡Me duele la cabeza horriblemente!

—Sí, enseguida —contestó ella con voz mecánica. Más de la mitad de los días, aquélla era la primera petición que su esposo le formulaba por las mañanas al despertarse.

Hickam se sentó en la cama. Como de costumbre, dormía semidesnudo. Dotty le contempló a través del espejo y lanzó un chillido que hizo vibrar los cristales de la ventana:

—¡Negro! ¡Te has vuelto negro!

Hickam abrió la boca primeramente. Luego bajó la vista y se vio el torso desnudo con el color del ébano. Extendió las manos: eran negras, aunque con las palmas algo más claras.

—Negro, soy negro… —gimió.

Dotty chillaba estridentemente, como enloquecida. De pronto, Hickam saltó de la cama y corrió hacia ella.

—Dotty…

—¡No me toques, por lo que más quieras! —Retrocedió ella, con la repugnancia pintada en su ajado rostro—. Dios mío, he estado viviendo con un negro durante catorce años…

—Dotty, yo no soy negro; a mí me ha pasado algo —lloriqueó él —. Por lo que más quieras, avisa inmediatamente al doctor…

Ella sentía una vivísima repulsión hacia el sujeto que tenía frente a sí.

—He dormido con un negro…

—¡Soy tu esposo! —Aulló Hickam—. ¡Y ve a buscar a un médico, pronto!

De súbito, Dotty pareció reaccionar. Ya tenía la falda puesta y se colocó una blusa. Abrió la puerta y echó a correr por la calle principal de Battersyde, lanzando gritos estremecedores:

—¡Doctor, doctor Landsburg, mi esposo es un negro! ¡Tony se ha vuelto negro!

La gente salía de sus casas, alarmados todos por los horribles chillidos que profería la mujer. Al cabo de unos momentos, Dotty

pudo aporrear la puerta de la casa del médico.

—Doctor, tengo un negro en casa… —sollozó—. Mi esposo era negro y yo no lo sabía…

Landsburg se asomó a la puerta.

—¡Dotty! ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Te emborrachaste junto con el vago y gandul de tu marido? —preguntó de mal talante.

—No, doctor, anoche no probé una sola gota de *whisky*… Le juro que es verdad. Se ha vuelto negro, como Bill Culberts…

Landsburg frunció el ceño. El nombre de Culberts hizo nacer en su cerebro un vivo sentimiento de alarma.

—Espera unos minutos, Dotty —pidió—. Voy a terminar de vestirme. Entra y siéntate ahí.

Era uno de los raros días que nadie había despertado por la noche al doctor Landsburg. Por tanto, había podido dormir tranquilamente y aún estaba en la cama cuando llegó la mujer con sus chillidos y su terror.

Diez minutos después, Landsburg y Dotty recorrían la calle en sentido opuesto. Entraron en la casa momentos más tarde y se dirigieron hacia el dormitorio.

Pero Hickam no estaba allí.

—Si piensas tomarme el pelo, Dotty. —Rezongó el galeno.

La habitación hedía a *whisky* barato. Landsburg la abandonó y volvió a la sala. Una de las ventanas daba a un patizuelo posterior, donde los Hickam guardaban los trastos viejos.

De pronto, Landsburg emitió un sonoro juramento. Dotty se volvió y luego miró hacia el mismo punto en que tenía fija su vista el doctor.

Dotty se desmayó. Landsburg buscó la puerta que conducía al patio, aunque presentía que los auxilios de la ciencia no iban a servir de nada al hombre que había allí, colgado del cuello por una recia soga.

CAPÍTULO VI

Siguiendo las indicaciones escritas, Kipper entró sin llamar. Desde la puerta, dijo:

—¿Molesto, señor Kentee?

El corredor de fincas alzó los ojos y sonrió al reconocer a su visitante.

—Por favor —dijo, con acento rebosante de amabilidad—. Entre, señor Kipper.

—Parece que usted también me conoce —exclamó jovialmente el forastero.

—Battersyde es muy pequeño, en efecto. Y, dígame, ¿en qué puedo servirle?

Kipper juzgó prudente ofrecer a su interlocutor un monumental habano. Él, por su parte, encendió un cigarrillo.

—¿Alguna vez ha estado Fiat Hill en venta, señor Kentee? —preguntó.

—No, nunca. ¿Por qué lo dice?

—Es decir, perteneció siempre a los Simmons.

—Exactamente.

—Usted lleva viviendo en Battersyde desde que nació. Dado que es el único de su profesión en el pueblo, tiene que saber a la fuerza si alguien, en alguna ocasión, formuló a los Simmons una propuesta de venta por su propiedad.

Kentee negó con la cabeza.

—Si se efectuaron esas gestiones, fue de un modo directo —contestó—. En todo caso, yo hubiera intervenido, una vez concluido el negocio, para la redacción de los contratos pertinentes.

—Es decir, fueron unas gestiones de comprador, presunto, claro, a propietario, el cual por lo que se sabe, no quería vender.

—Exactamente.

—Y la viuda Simmons primero y luego su hija, tampoco quisieron vender jamás.

—Así es.

—Lástima, creí que usted me podría informar…

—Lo siento de veras, abogado. ¿Le ha encargado Kitty esa gestión? Perdón, hablo de la señora Vanderbolt.

Kipper emitió una sonrisa ladina.

—Aquí, en Battersyde, ya se sabe cuáles son los motivos de mi estancia —dijo.

—La población es muy pequeña —repitió Kentee.

De pronto, Kipper vio sobre la mesa un bloc de papel, destinado a tomar notas.

—¿Me permite? Debo anotar algo que he de hacer urgentemente o se me olvidará…

Tomó el bloc, garrapateó un par de líneas y luego arrancó la hoja.

—Ha sido usted muy amable —se despidió.

—Buenos días, abogado.

De allí, Kipper se dirigió a la taberna.

Evans Mac Cormick se hallaba tras un mostrador vacío. Kipper le preguntó si podría servirle un poco de café.

—Claro, ahora mismo diré a mi mujer que ponga la cafetera al fuego —sonrió el tabernero.

Mac Cormick entró por la puerta posterior y salió momentos después.

—El café estará enseguida —dijo.

Y, entonces, vio el papel que Kipper había puesto sobre el mostrador.

—¿Qué broma es ésta? —preguntó, bruscamente malhumorado.

—No es ninguna broma —sonrió el joven—. Yo he escrito esa frase, pero es sólo una copia de la que usted ha recibido, seguramente.

Mac Cormick hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, tengo un papel igual —admitió.

* * *

Kipper comparó los dos papeles. El de Mac Cormick era algo más pequeño y de grano más grueso, de superficie áspera,

comparado con la hoja del bloc que había cogido del corredor de fincas. Pero la amenaza dirigida al tabernero era idéntica a la que habían recibido las mujeres Brent.

—¿Cómo le llegó, Evans? —preguntó, al cabo de unos momentos.

—Por correo, como a todos.

—Es decir, en la ciudad, todo el mundo ha recibido una amenaza semejante.

—Sí, señor.

—Es de suponer que la amenaza haya sido dirigida, más que a los individuos en sí, a los grupos familiares. Por ejemplo, ustedes son dos, pero con una sola carta ha bastado.

—Efectivamente, así ha sido —concordó el tabernero.

—Por tanto, en su opinión, ¿cuántas cartas de amenaza han sido escritas?

—Oh, yo diría que unas setenta u ochenta…

Battersyde era una población de unos trescientos habitantes. La respuesta de Mac Cormick estaba de acuerdo con los cálculos de Kipper.

—Y, dígame, ¿de qué es lo que no se debe hablar? —preguntó, sonriendo.

—Usted lo sabe bien, abogado.

—Eileen Simmons murió salvajemente linchada. Pero el color de su piel fue sólo el pretexto. ¿Quién quería comprar Fiat Hill?

Mac Cormick se encogió de hombros.

—Yo, no —contestó.

Kipper adivinó que el tabernero reprobaba todo lo que sucedía, pero que, al igual que otros, se sentía amedrentado por la amenaza que le había llegado en el correo.

—Evans, ¿qué opina de lo de Hickam? —inquirió.

—Horrible.

—Nadie se explica cómo pudo volverse negro, ¿verdad?

Mac Cormick se estremeció.

—Decían que Eileen era una bruja. ¿No puede serlo también su hija?

—Ah, entonces usted cree que eso es cosa de la señora Vanderbolt.

—Mataron a su madre porque era de color. Ella quiere volvernos

negros a todos.

—Con algún hechizo, claro.

—¿Cómo saberlo? Las brujas no explican nunca a nadie los secretos de sus filtros.

Kipper frunció el ceño.

—Evans, no me decepcione —dijo—. Yo pensé que usted era un hombre de espíritu más liberal…

—Ya he dicho que a mí los negros no me importan —contestó el tabernero malhumoradamente—. Hay sitio en este mundo para todos, ¿no? Pero ¡qué diablos!, tengo miedo y no puedo remediarlo y, como casi todos, pienso que es un embrujo de Kitty. O de la señora Vanderbolt, como quiera llamarla.

Las manos de Mac Cormick temblaban visiblemente. Sí, tenía miedo, pensó Kipper.

Dejó una moneda sobre el mostrador, sonrió y se encaminó hacia la puerta.

La población parecía aplastada bajo el terror, observó. Los pocos viandantes que se divisaban caminaban aprisa, sin mirarse unos a otros, en un completo silencio.

Dos hombres blancos se habían vuelto negros. Casi lo de menos era que estuviesen muertos. El detalle principal era que ambos habían tomado parte en el salvaje ataque de que Kitty había sido objeto quince años antes.

Cuando se encaminaba hacia su coche, con ánimo de dirigirse a la granja de las Brent, un hombre le cerró el paso.

Era Vinceton.

—Quiero hablar con usted, abogado —dijo.

* * *

Kipper miró impávido al sujeto.

—Estoy a su disposición —contestó.

—Lo estará mucho mejor, si se marcha de Battersyde.

—¿A qué o a quién teme usted, señor Vinceton?

Los puños del individuo se crisparon.

—¿Es que no tiene bastante con lo que le di el otro día? —Gruñó.

Kipper miró a derecha e izquierda. En aquel momento, estaban solos en la calle. No había a la vista ninguno de los ociosos

aduladores, dispuestos a reír la menor gracia de Vinceton.

—Le voy a hacer una pregunta —dijo—. ¿Quiso alguna vez comprar Fiat Hill?

Vinceton respingó.

—¿Yo? —exclamó.

—Sí, usted. No hay nadie más…

—¡Qué diablos me importa Fiat Hill! —Barbotó el sujeto—. Además, no hablábamos de eso ahora.

—Entonces, hablemos del individuo que, hace quince años, pegó una patada en el vientre a una mujer embarazada de siete meses.

Vinceton se puso lívido.

—¡Es una infame calumnia! —gritó descompuestamente.

—¿Sí? ¿De veras?

El hombre pareció volverse loco. Pero ahora estaba solo y Kipper sabía manejar los puños, aparte de que tenía seis o siete años menos y sus músculos, pese a la profesión, no estaban enmohecidos como los de su interlocutor.

Además, el estómago de Vinceton era muy blando. Lo comprobó con el primer golpe. Con el segundo, lo dejó tendido en el suelo, completamente KO.

* * *

—Sigo sin conocer el nombre de la persona que organizó el linchamiento de Eileen Simmons, señora Brent.

La madre de Carolyn sonrió, mientras vertía café en la taza de su visitante.

—Es un secreto muy bien guardado —contestó—. Nadie ha conseguido saberlo, aunque sí se conocen los nombres de cuantos intervinieron en aquel horrible crimen.

—Sí, eso es cierto, porque he averiguado unos cuantos. Sinceramente, señora Brent, ¿cree que Eileen era una bruja?

—Oh, no, qué tontería. No hay brujas en la actualidad… y, ¿quién había sufrido algún daño por su culpa? Cuando la acusaron de brujería, no hubo uno solo que declarase haber recibido algún perjuicio de Eileen. Pero la masa es crédula… y daba la casualidad que Eileen Simmons tenía una posición muy desahogada. Su marido había trabajado de firme y progresado mucho, ¿comprende?

—Para un blanco pobre y orgulloso, ver que una mujer de color

tiene más dinero que él, debe de representar una humillación insufrible.

—Exactamente. Y si a eso unimos el valor de Fiat Hill, se comprenden mejor los motivos que tuvieron para asesinarla.

—Aquella misma noche, Kitty fue arrastrada lejos de la casa y…

—Seis o siete individuos se separaron del grupo de linchadores, es todo lo que se sabe.

—¿Cuál es su opinión personal, señora?

—Hay un hombre que se sentía muy despechado, porque Kitty le había rechazado siempre. Por supuesto, ese hombre no se acercaba a la chica desinteresadamente.

—Ya entiendo —murmuró Kipper—. ¿Se llama Vinceton?

—Sí.

Carolyn entró en aquel momento.

—Hola —dijo jovialmente—. ¿Sonsacando a mi madre?

—Sólo charlábamos de un tema que nos apasiona a lodos —contestó Kipper.

—La muerte de Hickam.

—Forma parte de ese tema, aunque no lo habíamos mencionado todavía.

Carolyn se puso seria.

—Señor Kipper, ¿qué le pasó a Hickam? ¿Por qué se volvió negro de la noche a la mañana?

—No lo sé. El doctor Landsburg está aguardando el informe del laboratorio de Nueva Orleáns. Envió allí una muestra de la piel de Culberts, pero aún no ha recibido la respuesta.

—Algunos dicen que Kitty se venga, volviendo negros a quienes la ultrajaron.

—Por lo que sé, Hickam fue uno de los que intervinieron en el linchamiento de su madre, aunque no en el asalto que ella sufrió.

—Es lo mismo. Se vengará de todos —declaró la chica tajantemente—. Y, aunque no apruebo sus propósitos, me imagino lo que ha sufrido y la comprendo perfectamente.

—Sí, pero, aun suponiendo que sea ella, ¿cómo vuelve negros a los hombres blancos?

Carolyn se encogió de hombros.

—Nadie lo entiende…, pero en la ciudad hay un pánico horrible. Cada uno teme ser el próximo blanco que se convierta en un

hombre de piel negra.

—Una venganza muy refinada, si lo hace Kitty —murmuró Kipper.

—Para mí, no hay duda alguna: es ella —aseguró Carolyn.

Kipper miró a la señora Brent. La madre de Carolyn asintió.

—Es ella —concordó—. Pero sin brujerías.

Kipper se puso en pie.

—Hablaré con Kitty —prometió.

CAPÍTULO VII

Sentado en una cómoda butaca de la sala, Kipper movía suavemente entre sus manos la copa balón que le había ofrecido Solly, cuando, de pronto, oyó ruido de cristales rotos. Luego sonó la voz de Kitty, colérica:

—Es usted una inútil y una estúpida, Molly Rawlins. ¿Acaso no ha tenido nunca en la mano ningún objeto de cristal?

—Señora, yo…

—Cállese, «manazas», ¿cree que le pago para que trate mi cristalería como si fuesen las tazas de estaño de su infecta casa?

Kipper oyó luego un vivo taconeo que se acercaba gradualmente a la estancia en que se hallaba. Segundos más tarde, sonó la voz de Kitty:

—¿Por qué no me ha avisado de que estaba aquí? —preguntó.

Kipper no varió de postura.

—No tenía prisa —contestó.

Kitty maniobró para situarse frente a él.

—¿Noticias, abogado?

—Psé…

—Sea más explícito, hombre —dijo ella, todavía irritada.

Kipper contempló a la hermosa mujer de pies a cabeza. Ella captó la mirada y se sonrojó vivamente.

—¿Por qué me mira así? —preguntó.

Kipper señaló un sillón.

—Siéntese. Y calme sus nervios —dijo—. Está enfadada, ¿no es cierto? O quizá quiere vengarse de esa mujer, porque hace quince años le volvió la espalda.

—Y me apedreó y me escupió.

—Usted no olvida, ¿verdad?

—No, nunca.

—Entonces, ¿por eso vuelve negros a los hombres blancos de Battersyde?

—Señor Kipper, yo le contraté a usted para que descubriese al hombre que tramó el asesinato de mi madre, nada más.

—Es que, verá, sospecho que ese crimen está íntimamente relacionado con la violación que se cometió aquella misma noche.

El pecho de Kitty se agitó violentamente.

—Usted es un hombre y no comprende lo que tuve que soportar yo —dijo con voz ahogada.

—Pero me lo imagino…

—¡No, la imaginación no sirve de nada! ¡Es preciso haberlo padecido, haber sufrido el acoso de unos salvajes borrachos, ebrios de alcohol y de odio hacia una mujer con unas gotas de sangre negra en las venas! Usted no es mujer y nunca sabrá lo que pude padecer yo aquella horrible noche.

—Señora Vanderbolt, debo decirle una cosa: no puedo impedir su venganza, pero no colaboraré en ella. ¿Está claro?

—Usted ya sabe por qué vino aquí. Hágalo y no se preocupe de más.

—¿Y si me negara?

Kitty se encogió de hombros.

—Otro ocuparía su puesto. Y quizá con menos escrúpulos. —De pronto, sonrió—. Por eso se quedará. Tal vez por otros motivos.

—¿Qué otros motivos?

Ella se puso repentinamente en pie y respiró muy fuerte, con objeto de hacer destacar las firmes curvas de sus senos. Al mismo tiempo, se pasaba las manos por las caderas, como si pretendiese alisar la falda del vestido. En realidad, era una incitante ostentación de sus innegables atractivos físicos.

Kipper se puso en pie.

—Señora Vanderbolt, es usted muy hermosa, pero jamás permitiría yo que los encantos de una mujer me apartaran de mi norma de conducta —dijo.

Los ojos de Kitty chispearon de furia.

—Afortunadamente, el hombre de Eva fue Adán y no Jim Kipper —contestó con acento despectivo.

Kipper caminó hacia la puerta. De súbito, se oyó el chillido horroroso en el interior de la casa.

—¿Qué sucede…?

Kipper saltó hacia la ventana. En el exterior, a pesar te que ya era de noche, se veía la figura de un maniquí que representaba toscamente a una mujer negra. De pronto, alguien le tiró una antorcha encendida.

El maniquí estaba sostenido por un palo hincado en el suelo. Cuando las llamas de la antorcha lo alcanzaron, ardió instantáneamente.

Un altavoz clamó con gran estruendo:

—¡Negra! ¡Perra negra! ¡Vete inmediatamente de la tildad o arderás como ese muñeco!

Kipper intentó precipitarse hacia la puerta, pero ella le detuvo con la mano.

—No, no salga. Podrían acribillarle a tiros —dijo.

—¡Vete, negra, vete! —bramó el altavoz de nuevo.

Kipper miró a la dueña de la casa. Kitty irguió el rostro.

—He venido aquí a quedarme y ninguna amenaza me obligará a marcharme de Battersyde —declaró con me acento.

* * *

Al día siguiente, Burton Cooper apareció convertido en un negro.

El sujeto corrió calle arriba y abajo durante largo rato, hasta que, agotado, se desplomó al suelo, sin que adié se atreviera a tocarle. Pasado un tiempo, se levantó y miró a su alrededor con ojos extraviados.

—Ha sido ella, la maldita bruja… Voy a matarla…

Cooper caminó como un beodo hacia su casa, en la le entró, para salir a los pocos momentos, armado con e escopeta. Muchos le siguieron.

Kipper oyó el estruendo de voces y gritos y salió del hotel a la carrera. A penas llegaba a la calle, se encontré con Carolyn.

—¿Ya sabe lo que sucede? —preguntó la muchacha.

—Sí. Ese pobre hombre está loco. Voy a ver si le impido cometer un crimen.

—Él lo creerá un acto de justicia.

—Dejemos ahora las calificaciones legales. ¡Vamos!

Una multitud, compuesta por cincuenta o sesenta personas, en

su mayoría hombres, caminaba detrás de Cooper, a quien se veía destacado del resto. Kipper; Carolyn se esforzaron por pasar a la cabeza del grupo.

De pronto, alguien manejó una porra. Kipper lanzó un gemido y se desplomó al suelo, casi inconsciente.

Carolyn chilló a la vez que se arrodillaba junto a joven. En el mismo instante, una bota golpeó duramente su costado derecho.

Ella rodó por el suelo, con los ojos nublados por el dolor. Vinceton pasó por su lado, sonriendo perversa mente.

Mientras, Cooper seguía su camino con paso firme. En su mente no había más que una idea, convertid en una obsesión: matar a la bruja que le había convertido en un negro.

Minutos después, entraba en el jardín de la casa; Kitty salió al porche, altiva, erguida, desafiante.

—¿Qué quieres, Burton? —preguntó.

—Ahora soy un negro —dijo el sujeto—. Puede que no tenga remedio, pero no volverás a hacer lo mismo con otros, maldita perra.

Kitty seguía sonriendo desdeñosamente.

—Te aconsejo que no dispares contra mí —exclamó—. Aunque negro, podrás seguir viviendo. Pero si intenta matarme, morirás.

Cooper lanzó una histérica carcajada. De repente, se echó el arma a la cara.

—¡Muere, zorra! —aulló.

Y apretó los dos gatillos.

Se oyó una espantosa explosión. Una espesa nube de humo brotó inmediatamente, a la vez que el cráneo de Cooper saltaba hecho pedazos. Chorros de sangre brotaron de un cuello que, de repente, se había quedado sin cabeza. Decenas de pares de ojos contemplaban Herrados la espeluznante escena.

Durante un segundo, el cuerpo de Cooper se mantuvo en pie. Luego, de súbito, cayó a un lado, arrojando torrentes de rojo líquido por el cuello decapitado.

Se oyeron algunos gritos de horror. Luego, la mayoría de los presentes, espantados, dieron media vuelta y echaron a correr.

Vinceton y algunos más, amedrentados, pero, en cierto modo resueltos, quedaron en aquel lugar, contemplando a Kitty, quien seguía sonriendo perversamente. De súbito, Solly apareció en la

puerta, armado con una carabina de repetición.

—Están ustedes en terreno ajeno —dijo ella—. Tengo absoluto derecho a defenderme.

Dos más dieron la vuelta y escaparon. Vinceton avanzó un paso y blandió el puño.

—¡Bruja! —aulló.

Ella rió despectivamente.

—Idiota —contestó.

Kipper y Carolyn llegaban en aquel momento. En el lado izquierdo de la cara del abogado había sangre. Carolyn tenía puesta la mano en el costado derecho y ojeaba al andar.

Vinceton se volvió. Kipper se acercó a él con ojos llameantes.

—Al parecer, tiene mucha práctica en dar patadas a as mujeres —dijo.

Y, de súbito, levantó el pie derecho y lo disparó contra la ingle de Vinceton.

El sujeto se desplomó, aullando de dolor. Uno de sus amigos quiso lanzarse contra el abogado, pero, en el mismo momento, se oyó un estampido.

La bala silbó sobre la cabeza del individuo, deteniéndolo en seco.

—¡Largo! —ordenó Kitty.

Vinceton se puso en pie, con una mano en la ingle.

—Me las pagarás… —jadeó—. Y usted también, maldito leguleyo…

—Váyase de aquí —dijo Kipper secamente.

El jardín quedó desierto. Entonces, Solly sacó una manta y cubrió con ella los sangrientos despojos de Cooper.

—Entren —invitó Kitty.

Kipper avanzó, sosteniendo por un brazo a la muchacha. Kitty les miró con simpatía apenas estuvieron en el interior de la casa.

—Te conozco, muchacha —dijo—. Tú eres Carolyn la hija de Deborah.

—Sí, señora —contestó ella.

—Tu madre simpatizaba mucho con la mía. Es de las pocas personas buenas que hay en Battersyde.

—Se lo diré cuando vuelva a casa, señora. Pero ¿por qué intentaron…?

Kitty se encogió de hombros. Había llenado dos copas y las ofreció a sus visitantes.

—Creen que yo tengo la culpa de que se vuelvan negros —contestó.

—¿Y no es así? —murmuró Carolyn.

—Señora Vanderbolt, está añadiendo demasiada presión a la caldera —dijo Kipper, sombrío.

—No fui yo la que encendió el fuego —contestó Kitty altivamente.

Kipper se sintió cansado de repente.

—Empiezo a arrepentirme de haber acudido a su llamada —dijo.

Despachó su copa de un golpe y se volvió hacia la chica.

—Vámonos, Carolyn.

—Sí.

Kitty no dijo nada. Sin embargo, pegó la frente al cristal, para ver alejarse a la pareja. Un hondo suspiro brotó de su pecho. Se preguntó si valía la pena seguir adelante con la venganza.

Pero casi en el acto volvieron a su mente las horribles imágenes de una noche de sangre y muerte. Vio a su madre arrastrada, golpeada y apaleada y, finalmente colgada de un árbol, y se vio también a sí misma arrastrada igualmente por una pandilla de sujetos que hedían a alcohol y reían brutalmente, mientras pregonaban a gritos lo que iban a hacer con ella, empleando las palabras más crudas, llenas de una repulsiva obscenidad…

El recuerdo de aquella noche estalló, una vez más, en su mente y la hizo reafirmarse en su obsesiva idea de venganza total.

* * *

—La cosa se pone fea, Mac.

El tabernero asintió, mientras ponía ante su cliente una taza de café.

—Así es, señor Kipper —convino lúgubremente.

—¿Qué opina usted de lo sucedido?

Mac Cormick se encogió de hombros.

—Lo que saben todos —contestó—. Pero el clima es de pánico.

—El miedo se ve en todas las caras, efectivamente.

—Yo me imagino lo que debió de sentir Cooper cuando se miró al espejo ayer por la mañana. Si me pasara a mí, creo que me

volvería loco.

—Pero usted no obraría tan irrazonablemente como él.

—No lo sé. En un momento así, uno pierde la noción de las cosas, me parece, claro.

—¿Piensa usted también que todo es obra de Kitty?

—¿Quién otro podría ser, señor Kipper?

El joven asintió. Mac Cormick tenía razón.

—Hay algo que no me explico, Mac —dijo Kipper de pronto.

—¿Sí?

—La escopeta de Cooper. ¿Cómo pudo explotarle en las manos?

—Oh, es bien sencillo. ¿Cree usted que ser orgulloso es indicio de limpieza?

—Cooper era un tipo descuidado.

—Como la mayoría de todos estos blancos pobres. Creen que el solo hecho de tener la piel blanca les exime incluso de las más elementales normas de higiene. Estoy seguro de que hacía meses y hasta años, que Cooper no había revisado su escopeta. Era incluso gandul hasta para salir a cazar.

—Siendo así, se comprende la explosión.

—Y ella debía de saberlo, porque, no lo olvidemos, conoce bien a la gente de esta ciudad.

—Sí, aunque, de todas formas, ha estado quince años ausente…

—Yo creo que, pese a la ausencia, debió de enviar a algún investigador privado para que adquiriese detalles. Hace algunos meses, un par de tipos extraños anduvieron huroneando por aquí y haciendo toda clase de preguntas a la gente. Creíamos que eran policías, pero, por lo visto, no era así.

—Si hubieran sido policías, ¿qué habrían buscado, Mac?

—Nunca falta quien destila su propio *whisky*. Usted ya sabe que eso está prohibido por la ley.

—Claro —sonrió Kipper. Dejó una moneda sobre el mostrador y se puso un cigarrillo en los labios—. Hasta luego —se despidió.

CAPÍTULO VIII

El doctor Landsburg miró con expresión reticente al abogado.

—No, yo no estaba aquí aquella noche —gruñó—. Pero tampoco hubiera podido hacer nada. ¿Quién habría hecho caso de una voz sensata, cuando cien voces de locos clamaban por la muerte de una mujer a la que creían bruja?

—Doctor, usted es un hombre que no cree en cosas sobrenaturales —dijo Kipper—. ¿Por qué la acusaban de bruja?

—Cosas de pueblo, de la gente crédula e ignorante. El menor contratiempo podía ser achacado a un mal de ojo lanzado por una mujer, cuya presencia se toleraba aquí difícilmente.

—Tengo entendido que se consiguió expulsar a todas las personas que no eran de raza blanca.

—Sí. El sentimiento racista es muy fuerte en Battersyde. De grado o por fuerza, todos los que no eran blancos tuvieron que marcharse.

—Menos Eileen Simmons y su hija Kitty.

—Eileen fue respetada mientras vivió su esposo. Era un hombre enérgico y resuelto. En alguna ocasión, le reprocharon haberse casado con una mujer de color. Tuve que arreglar unas cuantas mandíbulas, créame. —¿Y después de que murió?

—Empezaron los conflictos. Y acabaron con el linchamiento.

—Y el ultraje de Kitty.

—Fueron una pandilla de bárbaros, desde luego.

—¿La reconoció usted después de la violación?

—Kitty vino a verme sólo cuando se enteró de que iba a tener un hijo.

—¿Dio nombres en alguna ocasión?

—No, nunca. Es más, ni siquiera pensaba en marcharse de Battersyde, pero la expulsaron cuando ya faltaban escasamente dos

meses para que naciese el niño.

—Una gente compasiva, ¿eh?

Landsburg se encogió de hombros.

—Soy médico, no párroco o misionero —contestó—. Nada de lo que yo diga o haga, conseguirá cambiar la manera de pensar de estas mentes cerriles.

—Sí, eso veo —suspiró Kipper—. Doctor, ¿examinó usted el cadáver de Eileen Simmons?

—Sí. Fue golpeada, apaleada y ahorcada finalmente Algo horrible, se lo aseguro.

—Pero alguien reconocería a los linchadores…

—Aparte de que todos llevaban capuchas, se juramentaron para no revelar sus nombres jamás. Yo no estaba en casa aquella noche; había salido para ayudar a nacer el hijo de Peg Scranton, quien vive en una granja situada a seis millas al sudoeste de la población. Cuando regresé, ya había pasado todo.

—Comprendo. Doctor, ¿qué me dice usted de la mutación epidérmica de esos pobres desgraciados?

Landsburg se encogió de hombros.

—Aún no tengo el informe de la policía de Nueva Orleáns —contestó.

Kipper sonrió.

—Lamento haberle molestado, doctor —dijo, como despedida.

—Todo lo contrario, ha sido un placer —asegure Landsburg.

Kipper salió a la calle. El médico, se dijo, aparentaba mostrarse cooperador y, hasta cierto punto, lo era más que otros, pero también callaba algo. ¿Acaso por solidaridad con algunos de sus vecinos?

De pronto, se cruzó con Vinceton.

—¿Todavía está aquí? —preguntó el sujeto.

Kipper le miró de frente.

—Allí, en la otra acera, hay un grupo de sus amigotes. ¿Por qué no les dice que se arrojen contra mí?

Vinceton pareció dudar en su respuesta. De pronto, se oyó una voz de mujer:

—¡Eh, vosotros, colección de vagos! ¡Pagaré diez dólares, por cada piedra que tiréis a ese cerdo que se hace llamar Martin Vinceton!

* * *

En el porche de la cantina había siete u ocho haraganes, todos los cuales se enderezaron al escuchar la sorprendente propuesta. Plantada frente a ellos, Kitty agitaba con la mano derecha un grueso fajo de billetes.

—Diez dólares por pedrada —repitió.

Kipper saltó hacia ella, pero ya se oía un coro de alaridos feroces. Todos los vagos se precipitaron al centro de la calzada, en busca de piedras para lanzarlas contra el blanco señalado.

—¡Estúpidos! —Gritó Vinceton—. No le hagáis caso…

Una piedra silbó, rozándole la sien. Vinceton sintió pánico y, dando media vuelta, huyó desesperadamente, perseguido por aquellos sujetos, que parecían divertirse enormemente con los gritos de pavor del individuo.

—Basta, basta ya —ordenó Kitty.

Kipper se acercó a ella, pálido de rabia.

—¿Es que no tiene conciencia? —Preguntó—. Una hiena tiene mejores sentimientos que usted…

Ella le apartó con una mano. Los lapidadores se acercaban riendo y charlando estúpidamente.

—Yo le he tirado cuatro piedras —dijo uno.

—Cuarenta dólares —exclamó Kitty, a la vez que le entregaba los billetes.

—Tres piedras, señora —anunció otro.

—Por ese precio, podemos tirarle piedras todo el día, señora —gritó un tercero.

Kitty repartió el dinero. Luego se volvió hacia la taberna.

Mac Cormick, muy serio, estaba en la puerta. Ella avanzó unos cuantos pasos y dejó caer en la acera un puñado de billetes.

—Invite a beber a la gente hasta que se acabe el dinero —dijo.

Mac Cormick pareció vacilar. Kipper le contempló expectantemente.

Un segundo después, Kipper cambiaba de opinión respecto al tabernero. El dinero, se dijo, lo podía todo.

—¿Hasta cuándo, Kitty? —preguntó, momentos más tarde.

Ella le miró burlonamente.

—Ah, ya se porta como los demás. Incluso me llama por mi antiguo nombre…

—Eso es lo de menos ahora. ¿Hasta cuándo? —insistió él.

Los negros ojos de Kitty despidieron un centelleo de odio.

—También a mí me apedrearon en una ocasión —contestó.

Y echó a andar hacia el «Rolls», junto a cuya puerta, inmóvil como una estatua, se hallaba Solly.

Kipper inspiró profundamente. No podía negarse que la venganza de Kitty era harto refinada. Tenía dinero y lo empleaba para humillar a quienes tanto daño le habían causado quince años antes.

* * *

—No sé si yo hubiera hecho también lo mismo, de hallarme en sus circunstancias —dijo Carolyn, apoyada en la barandilla que había a la salida del puente.

Kipper aparecía ceñudo. Había ido a la granja, a fin de descargar un poco su mente, después de las escenas que había presenciado aquel mediodía. Pero ni siquiera la confortadora visión de una atractiva muchacha conseguía borrar de su memoria los incidentes ocurridos apenas unas horas antes.

—Temo por Vinceton —dijo, después de una nerviosa chupada al cigarrillo.

—Dejando de lado otras consideraciones, es justo reconocer que ese tipo se merecía una buena lección. Más vago y haragán que todos los vagos de la ciudad, y presuntuoso y altanero, como si todavía estuviésemos en los tiempos en que su abuelo era el dueño de media población. La verdad, no le tengo ninguna simpatía, aunque claro, tampoco significa que desee su muerte.

—Kitty sí la desea —contestó él.

—Pero ¿por qué no se ha vengado inmediatamente? Jim, ella tiene muchísimo dinero. ¿No le parece que podría haber contratado a un asesino profesional?

—Para Kitty, la muerte instantánea de Vinceton no sería una venganza satisfactoria. Ha querido burlarse de él, humillarle, verle perseguido por los que le adulan de ordinario… Estoy seguro de que quiere verlo destrozado moralmente, convertido en una piltrafa… y entonces, lo hará matar.

—O lo matará ella con sus propias manos.

Kipper tiró el cigarrillo a la mansa corriente del Ankade, que

pasaba a una docena de metros más abajo.

—No hay duda —dijo—; la llegada de Kitty ha convulsionado a la ciudad por completo.

—Esto acabará por explotar de mala manera —vaticinó la muchacha lúgubremente—. Jim, ¿por qué aceptó usted el encargo de Kitty?

—Entonces no tenía la menor idea de sus intenciones. Y, bien mirado, creo que conviene que se sepa quién mató a su madre.

—Eso sí es cierto —convino ella.

A cierta distancia, sonó de repente un fuerte tintineo de metal. Con la ayuda de una barra de hierro, Deborah Brent golpeaba el triángulo que había colgado en la veranda.

—Nos llaman para la cena —sonrió Carolyn.

—Mi apetito no es lo que se podría calificar de hambre de lobo —contestó él.

—Cambiará de opinión en cuanto huela el guisado que ha hecho mi madre —dijo ella con jovial acento.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, cuando terminaba de vestirse, Kipper oyó casi bajo su ventana un agudo chillido de mujer.

Corrió a levantar el bastidor y sacó fuera medio cuerpo. Lo que vio le dejó estupefacto.

Una docena de individuos de color desfilaban lentamente por el centro de la calle, por parejas y de una forma casi marcial, completamente serios, sin mirar a los lados y ajenos por completo a los comentarios que el desfile provocaba en los atónitos espectadores de tan singular escena.

Todos los rostros eran de color absolutamente negro. Una mujer gritó de pronto:

—¡Pero si es Rick Frederick!

—¡Rud Hooker también se ha vuelto negro! —chilló un hombre.

Los doce individuos continuaron su desfile y desaparecieron al final de la calle. Kipper se puso la chaqueta y bajó a la calle.

Por todas partes se oían comentarios, que expresaban la consternación que se había apoderado de aquellas gentes:

—Nos vamos a volver negros…

—Esta ciudad está maldita, maldita…

Kipper no creía demasiado en maldiciones. Sospechando algo extraño en la conducta de aquellos sujetos, corrió tras ellos.

A unos doscientos metros de las últimas casas, había un sendero que se desviaba hacia la derecha. Diez minutos más tarde, pudo ver un grupo de hombres, con el torso desnudo, que se lavaban alegremente en las orillas del Ankade.

—Vaya susto que se han llevado —reía uno.

—Había que ver las caras que ponían…

—El trabajito ha sido sencillo, ¿eh, muchachos? Total, veinticinco dólares por pintarnos la cara y las manos de negro —dijo el que había sido identificado como Rud Hooker.

—No está mal. Oye, a ver cuándo nos contratan para otro desfile —exclamó otro de los individuos—. Dile que estamos dispuestos a rebajar la tarifa, si desfilamos a diario.

Oculto entre unos arbustos, Kipper contemplaba la escena, escuchando atentamente todo lo que decían aquellos sujetos, la mayoría de los cuales habían formado parte del grupo que había apedreado a Vinceton dos días antes. Sus sospechas, en efecto, se habían confirmado.

Hooker estaba un tanto separado del grupo, frotándose vigorosamente la cara con una esponja rebosante de jabón. Luego, a tientas, metió la cabeza en la corriente, a fin de aclararse. Al incorporarse, agarró la toalla que, sin duda, pensó Kipper, había dejado allí escondida previamente.

De súbito, se oyó un agudo grito:

—¡Eh, Rud! ¡A ver si te lavas también todo el cuerpo!

Hooker continuó frotándose.

—Estoy limpio —dijo.

—Muchacho, deberías haberte traído un espejo. Ese tinte no se te va de la piel.

Hooker se miró las manos. Un temblor convulsivo sacudió su cuerpo en el acto.

—¡Estoy volviéndome negro! —chilló.

Los otros retrocedieron, espantados. Con ojos dilatados por el asombro, Kipper contempló la transformación que se operaba en la epidermis del sujeto.

Era un cambio gradual, pero claramente perceptible. Once individuos retrocedieron aterrados.

—A ver si nosotros nos vamos a volver también negros…

—El médico nos curará —gritó uno.

La desbandada se produjo en el acto. Sólo Hooker, aturdido, como si hubiese recibido un mazazo en el cráneo, quedó en el mismo sitio, con los brazos delante del cuerpo, contemplando la inexorable mutación que se producía en su epidermis.

Kipper decidió aprovechar la ocasión y saltó de su escondite.

—¡Rud! —gritó.

Hooker se volvió, mirándole con ojos extraviados.

—Estoy volviéndome negro —gimió.

—Les han dado dinero para que desempeñasen esa mascarada —dijo Kipper, a la vez que asía al sujeto por in brazo—. Dígame su nombre, pronto.

—Me encontré con él… al amanecer… Dijo que buscase diez o doce amigos y me pagó veinticinco dólares para cada uno…

—Pero ¿quién? ¿Quién?

—Creía que yo no le conocería… Ahora lo comprendo; me ha envenenado… El frasquito de aguardiente, Me ofreció un trago…

—¡Rud, por el amor de Dios, diga ese nombre! —gritó Kipper, dándose cuenta de que Hooker estaba a punto de enloquecer por el terror que sentía al verse convertido en un negro.

De súbito, estalló un disparo al otro lado del río, a menos de sesenta pasos de distancia. Hooker giró con violencia sobre sí mismo y cayó al suelo.

Kipper saltó a un lado y rodó sobre sí mismo, a fin de evitar otro posible disparo. Desde seis o siete metros de distancia, vio a Hooker que se retorcía, presa de agudos espasmos de dolor.

Resonó un segundo disparo. La mitad derecha del cráneo de Hooker voló por los aires. Esta vez, sus movimientos cesaron instantáneamente.

CAPÍTULO IX

—Y no pudo encontrar ningún rastro del asesino —comentó Carolyn aquel mismo día, por la tarde.

—Compréndalo —se disculpó Kipper—. El tipo tenía un rifle y yo iba desarmado. Claro que más tarde crucé el río, pero, lamentablemente, soy hombre de ciudad. Ni siquiera encontré las cápsulas vacías: el asesino no quiso correr riesgos y las recogió, para no ser identificado.

—De modo que contrató a Hooker para desempeñar la mascarada…

—Sí. Éste, a su vez, buscó a unos cuantos de sus amigos para hacer el desfile que tanto asustó a la población. Luego fueron al río, pero, por lo visto, la mutación de Hooker era auténtica. Si no se completó hasta adquirir un color completamente negro, fue porque murió y, claro, las células de su cuerpo murieron también. Pero el color de su piel era ya claramente achocolatado, como el de un mestizo al cincuenta por ciento.

—A Hooker le contrató un hombre, según se deduce. Y dijo que lo conocía, pero no tuvo tiempo de pronunciar su nombre.

—Estaba aterrado, ya no coordinaba las ideas —manifestó Kipper—. Creo que apenas si sabía lo que se decía, pero, en medio de todo, nos dio una pista notable. Dos, mejor dicho, aparte de saber que fue un hombre el que le contrató para el desfile burlesco.

—¿Cuáles son esas dos pistas?

—Primero, la droga tarda de tres a cuatro horas en causar sus efectos. Hooker se encontró con el desconocido al amanecer. Cuando se inició la mutación de la piel, eran, poco más o menos, las nueve y media de la mañana.

—Siga, Jim.

—No recibió ninguna inyección. Simplemente, bebió un trago, o

dos o más, vaya usted a saber, de un licor. La droga, por tanto, estaba contenida en ese líquido.

—Eso significa que los que se transformaron en negros también bebieron un líquido que contenía la droga.

—Exactamente.

Carolyn frunció el ceño.

—¿Lo hizo Solly? —murmuró.

—Tal vez. Es absolutamente fiel a Kitty. Además…

Kipper vaciló. Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Por qué no continúa, Jim?

—Bueno, pudiera ser que lo hiciese Solly, obedeciendo órdenes de Kitty. No creo que le cueste mucho, incluso sin considerar el asunto de la fidelidad. Es negro y ha debido de sufrir muchas humillaciones a causa del color de su piel. ¿No se imagina el placer que debe de representar para Solly ver que un orgulloso blanco se vuelve negro?

—Como castigo, para un blanco debe de resultar espantoso —se estremeció la muchacha.

—No cabe duda que Kitty posee una imaginación muy refinada. Pero lo que más me preocupa de todo es la droga que produce la mutación. ¿De dónde la ha sacado? ¿Quién se la proporcionó?

—Sería interesante saberlo, ¿no le parece?

—Sí. Por dicha razón, esta noche no podré cenar con ustedes.

—¿Tiene algo urgente que hacer?

—Sí, voy a cenar con la señora Vanderbolt.

* * *

Susan Cannebar retiró los platos con evidente torpeza. Un tenedor cayó al suelo y Kitty le dirigió una mirada colérica.

—Susan, tiene usted que aprender un poco más —dijo Kitty—. De lo contrario, me veré obligada a atarla a un poste y darle una docena de azotes, tal como sus antepasados hicieron con los míos.

—Señora, yo le ruego…

—Lárguese, estúpida.

Susan se marchó. Sentado en el sillón de alto respaldo, Kipper contemplaba especulativamente el *brandy* contenido en su copa balón.

Kitty puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en las

manos juntas.

—Usted no aprueba mi forma de actuar —dijo.

—No.

—¿Desaprueba mi proceder?

—Dese la respuesta usted misma.

Kitty rió suavemente.

—La venganza es el placer de los dioses —dijo—. Una frase muy sobada, pero que expresa claramente lo que yo siento en estos momentos.

—¿También tiene que vengarse de esas dos pobres mujeres?

—Sus esposos tomaron parte en el linchamiento de mi madre. Ambas han quedado viudas. El sueldo que cobran es muy elevado. Tengo derecho a insultarlas, si me apetece.

—Y también tiene derecho a azotarlas.

—¿Por qué no? El sueldo que les pago, repito, haría que se sometiesen sin protestar a la flagelación. Pero no tema, no les mandaré azotar.

—Es usted muy generosa, Kitty.

Ella se puso en pie de pronto. El vestido que llevaba puesto para la cena, largo y sumamente ceñido, tenía un escote de enorme audacia. Kitty, consciente de su hermosura, caminó a lo largo de la mesa y se acodó en ella junto al joven.

—Jim, dígame, ¿no le parezco bella? —murmuró.

—Esplendorosamente bella, ésta es la verdad.

—Pero usted es de piedra…

—No lo crea, Kitty. No soy de piedra y las mujeres hermosas me atraen muchísimo. Sin embargo, sé distinguir.

—Distinguir, ¿qué?

—Quizá yo podría averiguar más cosas, empleando cierto método que, estimo, no me fallaría en absoluto, pero no quiero.

—¿Cuál es el método, Jim?

Kipper se puso en pie. De pronto, abrazó a Kitty y la atrajo hacia sí.

Ella se dejó abrazar sin resistencia. Incluso cerró los ojos, esperando ser besada en cualquier momento. De pronto, se notó sola.

—No me ha besado —dijo, con acento de despecho.

A dos pasos, Kipper tenía otra vez la copa en sus manos.

—Sólo quise indicarle cuál podría ser el método para que yo averiguase más cosas, pero, al mismo tiempo, quiero que sepa que no lo emplearé nunca —contestó.

—¿Cree que me rendirla si usted se lo propusiera? —se burló ella.

—Al menos, podría intentarlo…, pero no lo intentaré, repito. —De súbito, Kipper alzó la copa—. ¿Está drogado el *brandy*?

—¿Cómo dice?

—Hooker se volvió negro, porque tomó unos tragos de aguardiente, que contenían una droga desconocida, la cual provoca una mutación en las células epidérmicas. ¿Me quiere ver a mí con la piel negra?

—¡Tonterías! —bufó ella—. Yo no…

—Kitty, la ciudad está aterrorizada. Todos tienen un pánico espantoso, más que a morir, a volverse negros. Pero cuando el pánico estalla en un grupo de gente, pueden producirse las cosas más inesperadas.

—¿Vaticina un segundo linchamiento? —preguntó ella, desafiante.

—En estos momentos, daría cualquier cosa para que usted se marchase de Battersyde y no volviera jamás.

—No; no me iré —exclamó ella—. Debo ejecutar mi venganza…

Kipper se encogió de hombros.

—Antes ha dicho que la venganza es placer de dioses. No olvide otro dicho: «Los dioses ciegan a quienes quieren perder».

Ostentosamente, como para dar a entender que no sentía temor alguno, levantó la copa y bebió su contenido de un trago.

Ya en la puerta, se volvió hacia Kitty y preguntó:

—¿Quién le fabricó la droga que provoca la mutación de la piel?

Ella, rígida, inmóvil, permaneció silenciosa. Kipper entendió que su estancia en la casa, al menos por aquella noche, ya no tenía interés alguno y salió.

Cuando caminaba por el sendero que conducía a la verja, creyó oír ruido en unos arbustos cercanos. Se volvió rápidamente, pero no pudo ver nada.

Sin embargo, adquirió la seguridad de que alguien estaba espiando la casa. ¿O era a él a quien espiaban?

El coche estaba fuera. Nadie le molestó.

De pronto, cuando iba a arrancar, divisó una silueta humana junto a una de las ventanas iluminadas. La visión fue tan rápida, que no supo si había sido algo auténtico o una ilusión suya.

* * *

Roy Kentee recibió a su huésped con gran afabilidad y aceptó complacidamente el grueso cigarro que le ofrecía el visitante.

—Bien, si cada visita le cuesta a usted un habano, venga a todas horas —dijo riendo.

Kipper sonrió cortésmente.

—Sé que le gustan los cigarros, señor Kentee —contestó—. Pero también sé que es usted un hombre íntegro y honesto y que no se presta jamás a manipulaciones fraudulentas.

—Favor que usted me hace, amigo Kipper. Pero así es, en realidad; yo jamás me he prestado a acciones no ya reñidas con la ley, sino ni siquiera con la ética —contestó Kentee altisonantemente.

—Lo sabía —dijo Kipper—. Por eso, quizá, usted me va a contestar con toda sinceridad.

—Claro, claro. Hable sin rodeos, se lo suplico.

—Hace quince años, ¿quién quería comprar Fiat Hill?

Kentee dejó de sonreír en el acto.

—Creí que habíamos hablado de honestidad profesional —dijo con seco acento.

—Lo que le pido no va contra las reglas de su profesión.

—Abogado, creo haberle dicho ya, y si no, se lo digo ahora, que el comprador de Fiat Hill llevó el asunto personalmente. Yo sólo hubiese intervenido…

—Ya, ya, si la compra se hubiera realizado. Pero puesto que no se realizó ni, consiguientemente, se va a realizar ahora, ¿qué pecado hay en declarar su nombre?

—Lo siento, no se lo diré.

—Eso significa que lo sabe.

La cara de Kentee tomó un pronunciado color rojo.

—Salga —dijo.

Kipper se puso en pie.

—¿Acaso era usted mismo el que pretendía quedarse con Fiat Hill, para especular con los terrenos, cuando se instalasen industrias

en la población? —preguntó.

—Si no se va de aquí ahora mismo, le… le… —Kentee se ahogaba de rabia, pero también de temor, apreció el joven.

Kipper seguía sonriendo. De pronto, alargó la mano.

—Puesto que no he conseguido nada, al menos recupero mi inversión —dijo, a la vez que cogía el habano.

Salió un tanto defraudado, pero, al mismo tiempo, satisfecho porque, había podido darse cuenta de que Kentee era un hombre sumido en un espantoso terror.

Hacía un poco de calor, sentía sed y pensó que una cerveza le refrescaría, por lo que, sin vacilar, encaminó sus pasos a la cantina de Mac Cormick.

Había un grupo de haraganes bajo el porche, como de costumbre. Cuando iba a entrar, uno de ellos alargó el pie.

Kipper cayó de bruces. Estallaron algunas carcajadas. El joven se incorporó rápidamente, dispuesto a la pelea, pero, de repente, concibió una idea.

—Amigos —dijo—, las bromas bien hechas me gustan siempre, aunque sea yo el que las padezca. Por eso mismo, les invito a todos a una copa. Vamos adentro, chicos.

Seis hombres entraron tras él, riendo y alborotando como energúmenos. Kipper recibió algunas palmadas en la espalda, pero no dijo nada.

Mac Cormick apareció ceñudo tras el mostrador.

—Basta de escándalo, muchachos —dijo.

—Hola, Mac —sonrió el joven—. Son mis amigos y quiero invitarles a una copa, pero les serviré yo mismo, si me lo permite.

—Bueno —contestó el tabernero.

Mac Cormick trajo la botella y los vasos. Pero Kipper cogió éstos y los puso en hilera en el suelo, llenándolos a continuación.

Los ociosos le contemplaban estupefactos.

—Ahí tienen —dijo Kipper—. El que quiera beber, deberá arrodillarse y poner las manos a la espalda.

Alguien soltó una maldición. Un par de ellos, sedientos, vacilaron.

De pronto, sonó una voz en la puerta:

—¡Diez dólares para el que beba como lo ha mandado él señor Kipper!

Kitty entró en la taberna, orgullosa y desafiante, con unos billetes en la mano. Los vagos se atropellaron casi en su ansia por tomar la bebida y ganarse los dólares prometidos.

Pero Kipper no les permitió beber. Súbitamente colérico, disparó el pie y lanzó todos los vasos contra el mostrador.

—No necesito de su ayuda, señora Vanderbolt —dijo secamente.

Kitty avanzó hacia el mostrador, con ondulantes movimientos.

—Jim, ¿sabe que si yo quisiera, estos tipos le pisotearían a usted hasta matarlo, por menos de cien dólares?

—¿Por qué no se los ofrece? —replicó él.

Kitty lanzó los billetes desdeñosamente. Seis hombres se pelearon como fieras por el dinero.

—Ahí los tiene —dijo—. ¿Dónde está el orgullo de los blancos?

Sus ojos recorrieron un momento la silueta masculina. Luego, de pronto, bajó la voz:

—Usted también tiene un precio —dijo sibilinamente.

Y se marchó, mientras a su alrededor sonaba un ensordecedor coro de gritos y aullidos de júbilo.

CAPÍTULO X

Evans Mac Cormick se acercó a la mesa donde, solitario, Kipper tomaba una copa. Agarró una silla y se sentó a horcajadas frente al joven.

—Soplan malos vientos en Battersyde, señor Kipper —dijo.

—Sí, Mac.

—Esa mujer nos traerá la ruina a todos.

—Algunos ya han sufrido su venganza. Mac, ¿lo cree justo?

—Kitty padeció horriblemente. Esas bestias hicieron con ella lo que uno ni siquiera se puede imaginar.

Kipper despachó su copa.

—Mac, usted sabe muchas más cosas de lo que aparenta —dijo —. ¿Por qué no habla de una vez?

—Lo que yo le diga, cualquiera otro podría decírselo.

—Sí, pero lo malo es que nadie quiere franquearse conmigo. Ni siquiera Kentee.

Bien, en tal caso, ¿quién provocó el linchamiento de Eileen?

—Sólo hay dos nombres posibles, señor Kipper.

—¿No se atreve a mencionarlos?

—Sí. Kentee y Vinceton.

—¿Lo cree así?

—Kentee es un pájaro de cuenta, mucho más astuto de lo que parece. En cuanto a Vinceton…

—Ése sólo pretendía a la chica, Mac.

—Había fracasado. Quiso vengarse doblemente: en la madre y en la hija.

—Pudiera ser. —Kipper sonrió—. ¿Quiénes más participaron en la muerte de Eileen?

—Podría decirse que más de la mitad de los habitantes de Battersyde. Hombres, me refiero.

—Usted conoce algunos nombres más.

—Escriba, señor Kipper.

—No tengo papel, Mac.

Mac Cormick se levantó y vino al poco con un cuaderno de notas. Kipper escribió una veintena de nombres. El tabernero, al terminar, dijo que no recordaba más por el momento. Kipper agradeció la información y guardó el papel, doblado, en uno de sus bolsillos.

—Lo tendré en cuenta, Mac.

—¿Se lo dirá a ella?

Un horrible chillido se oyó de pronto en el centro de la calle, atrayendo en el acto la atención de los dos hombres. Kipper y el tabernero se levantaron de un salto.

—¡Me he vuelto negro! ¡Tengo la piel como el carbón!

Kipper corrió hacia la puerta. Por delante de él pasó un hombre de mediana edad, a quien no hubiera reconocido, de no haber sido por los lentes con cerco de oro.

—¡Soy negro, negro…!

Kipper echó a correr detrás del individuo. Esta vez, se dijo, trataría de evitar un asesinato, si podía.

Mientras corría, Kentee llamaba a aritos a una persona:

—¡Sálveme, doctor! ¡Quite de mi piel este horrible color…!

El miedo hacía volar al corredor de fincas. Kipper lo vio meterse en casa del doctor Landsburg.

Alcanzó la puerta. Landsburg trataba de calmar al aterrado individuo.

—Tranquilidad, Roy —decía el galeno—. Yo te daré ahora un calmante y mañana, cuando estés despierto, veremos de solucionar tu problema.

Kipper se asomó a la puerta del consultorio.

—Señor Kentee, ¿con quién ha estado bebiendo esta tarde unas copas? —preguntó.

Los dientes del interpelado castañeteaban audiblemente. Landsburg soltó un bufido.

—¿No ve que ahora no se encuentra en estado de contestar a ninguna pregunta? Salga de aquí inmediatamente…

Landsburg tenía en las manos una jeringuilla de inyecciones. Limpió el brazo del sollozante Kentee con un poco de algodón

mojado en alcohol y luego clavó la aguja en la carne de ébano.

Kentee se estremeció ligeramente.

—¿Me curará, doctor? —preguntó.

—Claro que sí, Roy, claro que sí…

Kentee respiró, como si se sintiese muy aliviado. Pareció dudar un momento, pero luego se volvió hacia el joven.

—Señor Kipper, yo…

De repente, su boca se torció en una mueca grotesca. Una especie de convulsión recorrió su cuerpo. Su cabeza se arqueó hacia atrás. Luego, lentamente, se inclinó a un lado y rodó al suelo.

Landsburg maldijo y se arrodilló a su lado. Puso el estetoscopio sobre su pecho, escuchó atentamente durante unos momentos y luego levantó la cabeza.

—Ya no hay nada que hacer —dijo.

Kipper se sentía estupefacto.

—¿Ha muerto?

—Paro cardíaco. La impresión ha sido demasiado fuerte —diagnosticó el médico con sombrío acento.

Kipper salió a la calle, con la cabeza convertida en un puro torbellino. Había buen número de curiosos frente a la casa del médico, pero todos hablaban en voz muy baja. Kipper notó el ambiente invadido por el terror más espantoso.

Caminó lentamente hacia el hotel. De pronto, al pasar frente a un oscuro callejón, un gran paño negro cayó sobre su cabeza, privándole de la visión.

Alguien le atacaba. Quiso defenderse, pero, en el mismo momento, sintió un terrible golpe en el cráneo y perdió el sentido.

* * *

Las luces dañaron sus ojos y volvió a cerrarlos, después de haberlos abierto, al recobrar los sentidos. Vagamente, se dio cuenta de que estaba tendido sobre una cama, pero prefirió esperar unos momentos, hasta sentirse bien del todo.

Un ruido extraño llegó a sus tímpanos. ¿Quién había descorchado una botella de champaña?

Volvió a abrir los ojos.

—El cuarto de baño está ahí —dijo una suave voz de mujer—. ¿Por qué no tratas de despejarte un poco?

Kipper se sentó en la cama. Atónito, se percató de que estaba en el dormitorio de Kitty. Ella, vestida con una *negligée* de color fucsia, le contemplaba sonriendo.

—Anda, mójate un poco la cabeza —insistió.

Kipper se levantó en pie. Tras afirmarse en el suelo, caminó hacia el baño, del que salió momentos más tarde, considerablemente aliviado.

Una mano femenina le tendió una copa.

—Bebe, está muy bueno —sonrió ella.

Kipper vaciló.

—No contiene ninguna droga —dijo Kitty maliciosamente—. Comprenderás que no me gustaría convertirme en una negra.

—A veces, sientes el orgullo de tu ascendencia, pero te sentirías horriblemente infeliz si tu piel fuese de ébano —contestó él.

—Ya estaría acostumbrada, créeme.

—Sí, pero, entonces, Homer Vanderbolt no se habría enamorado de ti.

—Como eso no ha ocurrido, no hay por qué seguir discutiéndolo. ¿Te ha hecho Solly mucho daño?

Kipper se quedó parado.

—De modo que ha sido Solly —dijo.

—Sí. Hace todo lo que yo le ordeno —sonrió Kitty.

—Es muy leal.

—Hace años, iban a lincharle. Me enteré a tiempo. Le salvé la vida. Desde entonces, es como un perro fiel. Si yo se lo ordenase, te mataría.

—Pero, en lugar de matarme, sólo me atontó para traerme aquí.

—Ya lo ves, Jim.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Creo habértelos dicho hoy mismo… no, ayer, puesto que son ya las dos de la mañana. También tú tienes un precio.

Kipper tenía la copa todavía intacta en la mano. De pronto, se la llevó a los labios y bebió su contenido.

—¡Has picado! —gritó ella—. Tiene la droga mutante de la piel.

Kipper se sobresaltó un instante, pero, enseguida, sonrió.

—No —dijo—. Sólo quieres burlarte de mí.

—Es cierto —admitió ella, con la risa en los labios y en los ojos —. Quería gastarte una broma, pero ¿cómo lo has adivinado?

—Tú no amarías a un negro, Kitty.

Hubo un momento de silencio. De pronto, ella avanzó hacia el joven.

—Tienes razón, aunque hay instantes en que el coloide la piel no importa en absoluto —dijo, con voz cargada de pasión.

—En cambio, hay otro color que sí importa muchísimo, Kitty.

—¿Cuál es, Jim?

—El color del alma. La tuya es negra como el hollín.

Kitty lanzó un grito de rabia. Kipper se dirigió hacia la puerta.

—No te cobraré nada por mi trabajo, pero ahí tienes una lista de nombres. Todos ellos intervinieron en el asesinato de tu madre.

Un papel cayó al suelo. Kitty, pálida, parecía una estatua en la que sólo se advertía un rápido movimiento de vaivén en el pecho.

—Se supone que los dos primeros de la lista fueron los que azuzaron a la gente para cometer el linchamiento —añadió—. Puesto que conoces a ambos, conocerás también sus motivos. Mejor dicho; uno de los dos ya ha muerto: Roy Kentee.

Kitty continuaba guardando silencio. Kipper se dirigió hacia la puerta y abrió.

Solly estaba abajo, en el vestíbulo. El enorme individuo le contempló con expresión de dolido reproche.

Kipper bajó las escaleras lentamente.

—Ella le aprecia, señor —dijo Solly.

El joven sonrió.

—Tiene usted una mano muy pesada —dijo.

—No se enoje conmigo; ella me lo pidió.

—Claro que no, Solly.

—Debiera quedarse para ayudarla. Usted es desinteresado, en cambio, el otro…

—¿Qué otro, Solly? —preguntó Kipper, sorprendido.

La voz de Kitty estalló nerviosa desde lo alto del primer piso:

—¡Solly! ¿Quién te ha dado permiso para hablar?

El chófer dio un paso hacia atrás.

—Señora, yo…

—Acompaña al señor Kipper hasta la puerta, pero sin despegar los labios. ¿Has entendido?

—Sí, señora.

Kipper se volvió y miró hacia arriba. Kitty, vestida con aquel

peinador de color fucsia vivo, que casi parecía rojo cardenal, el pelo negro largo y suelto y los ojos centelleantes, le pareció una estampa viviente de Némesis, la diosa de la venganza.

Aquel breve encuentro visual duró sólo un segundo; casi en el acto, Kipper dio media vuelta y cruzó el umbral de la puerta que Solly mantenía abierta con una mano.

Cuando el joven hubo salido, Solly miró hacia arriba.

—Señora, sé que cometí una imprudencia, pero no cité ningún nombre —dijo.

Ella hizo un gesto con la mano, como diciendo que la cosa carecía de importancia. Solly volvió a hablar:

—El señor Kipper es todo un hombre, señora; cosa que no se puede decir de otros que viven en Battersyde.

El pecho de Kitty se dilató tempestuosamente un instante. Luego dejó escapar un profundo suspiro.

—Sí, es demasiado hombre —convino—. Es de la clase de hombres que no permiten que se les compre ni siquiera al más alto precio.

—La señora aún está a tiempo…

—Solly, me tracé un plan antes de venir a Battersyde y lo seguiré hasta el final, pase lo que pase. Tú me comprendes, ¿verdad?

—Sí, señora; pero, sin embargo, habrá de permitirme que le diga…

—Basta ya, Solly. Gracias por todo. Puedes retirarte.

El chófer se inclinó. Kitty dio media vuelta y entró en la sala superior. En el suelo del dormitorio vio el papel que le había traído Kipper.

Se inclinó para recogerlo y lo leyó atentamente. Una extraña sonrisa apareció en sus labios. Cruzó el dormitorio y guardó el papel en el cajón de una consola.

Llenó una copa de champaña y saboreó lentamente el vino espumoso. Así estuvo unos minutos, hasta que, de pronto, sintió un leve repiqueteo en uno de los cristales de la ventana.

Cruzó la estancia y abrió. Un hombre saltó al interior, cerró rápidamente y corrió las cortinas a continuación.

Ella permanecía quieta, erguida, con la sonrisa en los labios. El recién llegado se le acercó y la abrazó furiosamente. Sus labios

recorrieron ávidamente la tersa piel de las mejillas y el cuello. Kitty, sin embargo, permanecía impávida, insensible, sin mostrar la menor emoción por las apasionadas caricias del hombre.

Pero, pasados unos segundos, se separó de él bruscamente.

—Eh, espera… —dijo el hombre.

Kitty se quitó el peinador.

—Tú me quieres, ¿no es cierto?

Los ojos del hombre contemplaron fascinados la hermosa figura que tenía ante sí, cubierta solamente por una prenda de tejido aún más fino que el del peinador.

—¿Lo dudas? —preguntó, con la boca súbitamente reseca.

—Tienes que darme una prueba de que lo que dices no es pura fantasía —exigió ella.

—Pídeme lo que quieras; haré lo que sea…

—¿Me lo juras?

—¡Sí, Kitty!

—Espera un momento.

Ella fue de nuevo hacia la consola y extrajo un frasquito de uno de los cajones. El hombre apreció en el acto que el contenido del frasco era aproximadamente de medio litro. En su interior había un líquido muy espeso, de color rojo oscuro, casi negro y consistencia oleaginosa.

—Tendrás que usarlo y yo te diré dónde —habló, sonriente.

—Sí, lo haré. Pero ¿y después?

Una singular expresión apareció en los labios de la mujer.

—Después, el futuro —murmuró enigmáticamente.

—Sí, el futuro —exclamó él, con ardoroso acento. De pronto, saltó sobre Kitty y volvió a abrazarla—. Lo haré, lo haré…

Ella seguía sonriendo. Pero el hombre no supo captar el significado de aquella sonrisa.

CAPÍTULO XI

Carolyn paró el motor de su furgoneta y saltó al suelo.

—¡Hola! —gritó alegremente—. ¿Me esperaba?

Kipper se separó de la valla en que había estado apoyado hasta aquel momento.

—Su madre está trabajando y yo no quise interrumpirla —contestó—. Pero puedo ayudarle a entrar los paquetes.

—Espere un momento —rogó la muchacha—. Vengo del pueblo. He oído muchas cosas… Kentee ha muerto, después de volverse negro.

—Lo sé. Yo estaba presente cuando ocurrió.

Carolyn le miró, consternada.

—¿Cómo sucedió, Jim?

—El terror de saberse negro provocó un paro cardíaco. Lo dijo el doctor Landsburg.

—Horrible, ¿no le parece?

—Sí, Carolyn.

—Pero ¿qué es lo que provoca esa extraña enfermedad? La gente está aterrorizada…

—Yo no sé qué es lo que provoca la enfermedad, aunque sí sé «quién», Carolyn.

—¿Kitty?

Kipper asintió en silencio.

—Esa mujer tiene el alma envenenada —dijo la muchacha—. Sufrió mucho, pero ¿no tiene ahora todos los medios para olvidar? Es inmensamente rica. ¿Por qué ha tenido que volver a Battersyde para vengarse?

—No lo sé. La única explicación está en lo que usted acaba de decir: tiene el alma intoxicada por el odio. Y eso a mí me da un miedo espantoso.

—¿De veras, Jim?

—He estado hablando con Kitty esta madrugada. Acabé por romper toda relación con ella. No quiero tomar parte en algo que va contra mi manera de pensar…

Kipper relató a la muchacha lo que había sucedido después de que Solly le secuestrase. Carolyn le escuchó con los ojos muy abiertos.

—De modo que Kitty…

—Sí, Carolyn. Le dejé la lista con los nombres que me facilitó el tabernero y me marché. Pero al salir de casa, Solly dijo algo que me extrañó sobremanera. Hay otro hombre.

—¿Quién es, Jim?

—No lo sé. Solly dijo algo acerca de ese sujeto, pero, cuando iba a pronunciar el nombre, apareció ella y le ordenó callar. Eso me preocupa, se lo aseguro.

—Jim, ella quiere vengarse. ¿No arderá también en su propia venganza?

Kipper inspiró fuertemente.

—Hace unas horas, me pareció Némesis, la diosa de la venganza —contestó—. Pero ahora me parece todavía más un personaje de tragedia griega, un personaje que conoce cuál es su dramático destino que los dioses le han marcado y que, sin embargo, sabiéndolo, no puede hacer nada para evitarlo.

De repente, una vieja camioneta pasó por el puente y se detuvo junto a la pareja.

—¡Hola, Carolyn! —saludó el conductor alegremente.

Ella correspondió con un movimiento de la mano.

—¿Qué tal, Bobbie? —contestó.

—Bien. He pasado por aquí para decirte que el domingo es mi cumpleaños. Os esperamos a ti y a tu madre a tomar un trozo de tarta. No faltaréis, ¿verdad?

—Seguro, Bobbie. Mamá y yo iremos a festejarte.

—Gracias, Carolyn. Ah, el señor Kipper puede ir también —dijo el conductor, un muchacho que apenas había pasado de los quince años.

—Es Bobbie Scranton, Jim —presentó la muchacha.

—Si estoy en Battersyde el domingo, iré —prometió Kipper sonriendo—. Gracias de todos modos, Bobbie.

—No se merecen, señor Kipper. Hasta la vista, Carolyn.

El chico arrancó de nuevo. Carolyn se volvió hacia Kipper, pero lo vio profundamente pensativo.

—¿Qué le pasa, Jim?

—Estoy pensando… El domingo es día doce…

—Sí, claro.

—Día del cumpleaños de Bobbie Scranton.

—Siempre lo celebra el día doce de mayo —rió ella.

—Pero Eileen murió el día once, Carolyn.

—No entiendo. ¿Qué tienen que ver las dos fechas? —preguntó ella, desconcertada.

—¿Se llama Peg la madre de Bobbie? —preguntó Kipper, sin hacer caso de la extrañeza de Carolyn.

—Sí, claro, Peg Scranton…

Una súbita excitación se apoderó de Kipper en el acto.

—Carolyn, necesito que me acompañe a la granja de los Scranton. Usted, supongo, conoce el camino —dijo.

—Desde luego, pero ¿no quiere explicarme…?

—Lo sabrá enseguida —contestó él—. Vamos, pronto, no perdamos más tiempo.

Un cuarto de hora escaso más tarde, estaban ambos en presencia de Peg Scranton, una mujer de cuarenta años, todavía de buen ver. Su esposo y el chico andaban trabajando en un campo de maíz.

—Señora —dijo Kipper, después de las presentaciones—, necesito saber a qué hora nació Bobbie. Por favor, trate de recordarlo; es muy importante.

Peg sonrió.

—¿Cómo podría olvidar esa fecha? —respondió—. Bobbie nació a las siete de la tarde del día doce de mayo de mil novecientos cincuenta y nueve.

—Entonces, va a cumplir quince años.

—Exactamente, aunque él, como es un presumido, dice siempre un año más de los que tiene en realidad. —Peg se echó a reír—. Ya le llegará la hora de quitarse años —añadió jovialmente.

—De modo que nació a las siete de la tarde… Pero yo tenía entendido que nació el once, por la noche.

—Oh, no, no, en absoluto. Repito que fue el doce, a las siete de la tarde. Bueno, la verdad es que hubo un momento en que creímos

iba a nacer el día anterior, es decir, veinticuatro horas antes, e incluso hicimos venir al médico, pero todo fue una falsa alarma y se marchó enseguida. Eso pasa a veces con las mujeres, cuando están a punto de tener un hijo…

—Sí, sucede a veces —concordó Kipper, con amplia sonrisa—. Señora Scranton, no sabe usted cuánto le agradezco esta información. Carolyn, ya podemos volvernos. Ah, señora Scranton, dígale a Bobbie que le haré un buen regalo el día de su cumpleaños.

Kipper y la muchacha volvieron al coche del primero.

—Jim, ¿querrá explicarse de una vez? —solicitó ella, ardiendo de impaciencia.

Kipper sonrió.

—Ahora le explicaré que, gracias a la afortunada casualidad que ha supuesto la invitación de Bobbie, conocemos el nombre del verdadero culpable de todo, cuando menos, de la muerte de Eileen Simmons —contestó.

* * *

Después del almuerzo, Kipper anunció sus propósitos de marcharse a la ciudad. Impulsivamente, Carolyn dijo que le acompañaría.

—Puede haber riesgos…

—Me mata la curiosidad —sonrió ella.

—Como quiera. Pero deje que sea yo el que lleve la voz cantante.

—Sí, Jim.

Subieron al coche. Momentos después, al llegar al punto más elevado del camino, divisaron la ciudad, a unos trescientos metros de distancia.

A la izquierda se veía el gran depósito elevado, que tomaba sus aguas directamente del Ankade. Antes de que el líquido bombeado llegase al tanque, pasaba por la estación depuradora situada a su pie.

Más allá, al otro lado, se divisaba la lisa colina, que más parecía una meseta, sobre la que se divisaba la blanca mancha de la casa de Kitty entre los árboles. En el pueblo apenas si se divisaban algunas personas moviéndose por la calle Mayor.

Kipper inició el descenso. Cinco minutos más tarde, detenían el

coche ante la casa del médico.

La señora Landsburg salió a recibirles.

—Mi esposo no está —informó.

—No importa, señora; aguardaremos —contestó Kipper.

—Está bien, siéntense. Yo tengo trabajo en casa…

Kipper y Carolyn quedaron eh la salita de recibo. Durante unos minutos, guardaron silencio. Ella le miraba de cuando en cuando, como esperando sus decisiones.

De pronto, Kipper se levantó y caminó hacia una mesa que había en un ángulo de la estancia.

—Vigile, Carolyn —pidió en voz baja.

Ella se puso también en pie y se acercó a una de las ventanas, desde la que dominaba buena parte de la calle. Mientras, Kipper hurgaba en los cajones de la mesa.

—Ya está —oyó ella momentos después.

—Si ha estado haciendo algo, a tiempo acaba. Ahí viene el doctor —anunció Carolyn.

Kipper fue al banco y se sentó de nuevo. La puerta de la casa se abrió segundos más tarde.

Landsburg miró sorprendido a la pareja.

—¿Qué tal, Carolyn? —Saludó—. ¿Ocurre algo en tu casa?

—No, doctor —contestó ella—. Creo que el señor Kipper desea hablarle.

La mirada del galeno fue hacia el mencionado.

—¿En qué puedo servirle, señor Kipper? —preguntó, a la vez que dejaba el maletín sobre su mesa.

—No sé si a mí me servirá usted en algo, pero sí servirá a la justicia —contestó el joven.

—Déjese de enigmas y hable claro de una vez —refunfuñó Landsburg—. Tengo trabajo y no puedo perder el tiempo en adivinanzas.

—Entonces, hablemos del día en que murió Eileen Simmons… del día once de mayo, fecha en que «no» nació Bobbie Scranton, como usted me dijo ayer.

La cara del médico se puso gris instantáneamente. Y Carolyn supo entonces que se hallaba ante el verdadero culpable.

* * *

—Fue un desliz, doctor —dijo Kipper inflexiblemente—. He hablado con Peg Scranton y la señorita Brent estaba delante. Es cierto que el día once por la tarde le llamaron a usted, pero se trataba solamente de una falsa alarma. Bobbie nació al día siguiente, doce de mayo, veinte horas después de la muerte de Eileen.

—Eso no quiere decir —refunfuñó Landsburg—. Uno ha tenido que asistir a tantas parturientas…

—Pero no se confunde en determinadas fechas, y menos cuando es el auténtico culpable de haber azuzado a la masa contra Eileen. Probablemente, no fue solo; Roy Kentee colaboró con usted, ya que los dos querían convertirse en propietarios de Fiat Hill, que podía adquirir un valor incalculable. Es lógico admitir las escasas simpatías de que gozaba Eileen, tanto por el color de su piel, como por su excelente posición económica, cosa insoportable para algunos blancos puros; pero ello no justifica un brutal linchamiento.

»Ahora bien, aquella muerte fue una especie de caja de Pandora abierta con gran imprudencia, porque ustedes no contaban con que un grupo de bárbaros se llevaría a Kitty lejos de la casa y cometería con ella un horrible ultraje, ni tampoco pensaron que el linchamiento de Eileen provocaría una reacción negativa en los hombres de negocios que pensaban montar sus industrias en los terrenos de Fiat Hill. El dinero busca siempre tranquilidad y en las industrias se hubieran empleado indistintamente blancos y negros. Pero a los hombres de negocios no les convenía un lugar donde había un clima propicio a la violencia. Por tanto, quedaron suspendidas las negociaciones y los planes de progreso de Battersyde se convirtieron en humo.

Landsburg sacó el pecho.

—No hay pruebas que me acusen —dijo.

—El alguacil actual de Battersyde no es demasiado aficionado a hacer cumplir la ley, pero hay otros hombres que sí desean que se haga justicia, por encima de todo. Tal vez no se le pueda acusar a usted de la muerte de Eileen; desde luego, no tiene culpa de lo que le sucedió a Kitty, pero sí se le podrá acusar de la muerte de Kentee.

—Está loco, Kipper —barbotó Landsburg.

—Alguien, con la debida autoridad, ordenará la exhumación del cadáver de Kentee y la subsiguiente autopsia. Entonces se

descubrirá la sustancia tóxica que usted le inyectó, bajo el pretexto de un supuesto calmante. Kentee se sentía terriblemente afectado por verse convertido en un negro. Estaba dispuesto a hablar y usted lo evitó con su muerte fulminante. Como no hay otro médico en Battersyde, ¿quién podía dudar de su palabra?

—¡Kentee murió de un colapso cardíaco!

—No trate de hacernos creer lo que es una gigantesca mentira, doctor —dijo Kipper serenamente. De pronto, metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel blanco—. Decenas de cartas amenazadoras, escritas en un papel análogo a éste, han sido escritas a los vecinos de Battersyde, a fin de amedrentarles y forzarlos a mantener la boca cerrada. Porque muchos saben que fueron usted y Kentee los que azuzaron a la masa contra Eileen, bajo un absurdo pretexto de brujería. Y a ninguno de los dos convenía que se divulgase la verdad. ¡Pero ahora se sabrá todo, téngalo por seguro!

Kipper se volvió hacia la muchacha.

—Creo que es hora de que nos vayamos, Carolyn —dijo.

—Sí, Jim —contestó la muchacha.

Dieron un par de pasos hacia la puerta. De pronto, se detuvieron.

—Ustedes no saldrán de la casa —exclamó Landsburg.

Kipper miró por encima del hombro. El maletín del médico estaba abierto, lo que indicaba que el revólver que ahora brillaba siniestramente en su mano derecha había salido de allí.

—Doctor, usted puede matarme a mí... y creo que podría encontrar algún pretexto que justificase su acción, pero ¿cómo explicaría la muerte de Carolyn?

Landsburg titubeó. Kipper se dio cuenta de que el galeno se sentía terriblemente desconcertado. No quería que su secreto se divulgase, pero tampoco se sentía con ánimos para ejecutar un doble crimen, para el cual, por otra parte, no hallaría justificaciones posibles.

De repente, se oyó en la calle un terrible alarido:

—¡Soy negro, negro! ¡Me he vuelto negro!

* * *

El grito distrajo momentáneamente la atención de Landsburg. Kipper saltó hacia delante y dio un manotazo al revólver,

lanzándolo a un rincón de la estancia.

Landsburg se tambaleó. Kipper recogió el arma y la guardó en un bolsillo.

—Vámonos, Carolyn.

El médico, aturdido, no acertaba a reaccionar. En la calle los gritos eran horribles.

—¡Yo también soy negra! —chilló de pronto una mujer.

Kipper se quedó paralizado por el asombro. A lo lejos, sonaron más gritos análogos.

—¡Negros, todos somos negros!

Carolyn se sentía aterrada.

—Jim, ¿también nosotros…?

Continuamente aparecían personas de ambos sexos, viejos, jóvenes, chiquillos… todos ellos con la piel negra como el carbón.

Un grupo de enloquecidos sujetos corrió hacia la casa de Landsburg.

—Doctor, usted puede salvarnos…

Dentro de la casa sonó un grito agudísimo:

—¡Sam, Sam, yo también me vuelvo negra! —exclamó la esposa del médico.

Tambaleándose como un beodo, Landsburg apareció en el umbral del edificio.

—No hay nada que hacer… Yo también estoy volviéndome negro —dijo, a la vez que alargaba sus manos.

La transformación epidérmica de Landsburg era patente. Kipper se preguntó cuándo empezarían él y Carolyn a volverse negros.

Nervioso, se miró las manos, pero no había el menor indicio de cambio de color en la epidermis. Volvió los ojos hacia la muchacha; ella aparecía igualmente normal.

Un furioso alarido hendió el aire:

—¡Ha sido ella, la hija de la bruja!

—¡Es otra bruja!

—Matémosla, como a su madre…

Kipper se percató de que la temible explosión, que casi había vaticinado desde el principio, estaba a punto de producirse. Carolyn pensó lo mismo.

—¡Jim, tenemos que hacer algo! —gritó.

Salía gente continuamente de las casas, algunos todavía blancos,

pero otros ya negros o con la piel muy oscura. El furor, pero también el pánico, eran inmensos.

—¡A Fiat Hill! —aulló uno súbitamente.

—¡Busquen antorchas; hemos de quemar la casa, con la bruja dentro!

De repente, alguien vio a la pareja.

—¡Los amigos de la bruja! —vociferó.

Carolyn tiró del brazo de Kipper.

—¡Tenemos que escapar, Jim! ¡Están locos y querrán matarnos también a nosotros!

Kipper comprendió la sensatez del consejo y se dejó llevar por la muchacha. El gentío, enloquecido, no repararía en consideraciones.

Perseguidos por algunas piedras, huyeron a la carrera por una calleja lateral. El furor hacia ellos se aplacó un tanto, sobre todo, al volverse de nuevo contra el objeto principal.

—Por aquí, Jim —indicó la muchacha—. Tomaremos un atajo y podemos llegar antes que ellos.

Kipper y Carolyn corrieron desesperadamente. Atardecía ya y empezaban a verse las primeras antorchas, cuyo rojo infundía un tétrico resplandor al ambiente.

El griterío era ensordecedor. Mientras corrían, Kipper pensó cómo había sido posible que la totalidad de la población, o al menos, en su gran mayoría, hubieran podido resultar afectados por la extraña mutación epidérmica.

La noche caía con rapidez. Cuando llegaban al centro de la cuesta que conducía a Fiat Hill, se volvieron un instante.

Decenas de antorchas ardían ya en la salida del pueblo. Hasta allí llegaban fácilmente los clamores de la multitud enfurecida.

—¡Al fuego la bruja, al fuego!

Kipper y la muchacha reanudaron su carrera. Instantes después, entraban en el amplio jardín de la casa. La cocinera y la doncella, aterradas, se cruzaron con ellos. Escapaban para no ser víctimas de la cólera de la muchedumbre.

De pronto, Kitty se hizo visible en el porche de estilo colonial.

—¿Qué hacéis en mi casa? —preguntó, orgullosa.

—Huye —exclamó Kipper—. Vienen a buscarte…

—¿Ya son todos negros? —rió Kitty.

—Olvida tu venganza ahora. Si esa gente llega y te encuentra

aquí, te harán pedazos…

—Son todos unos cobardes —exclamó ella despectivamente—. En mi casa estoy segura, créeme.

—Te has vuelto loca, Kitty…

—¡Vete! ¡Váyanse los dos!

Arriba, en una de las ventanas del primer piso, sonó una voz bronca:

—Ella les ha dicho que se vayan —exclamó Solly, detrás de una carabina de repetición.

De pronto, un hombre, jadeante y sin aliento, llegó hasta la casa.

—¡Kitty, vienen a buscarte! —Gritó Martin Vinceton—. No quiero que te pase nada…

De pronto, Kipper creyó comprenderlo todo. El hombre que había visto más de una vez, ocultándose entre los arbustos, para sostener secretas entrevistas con Kitty no era otro que Vinceton. Pero ¿por qué ella había tolerado el acercamiento de alguien a quien decía odiar más que a nadie, al autor del terrible ultraje sufrido, al culpable de la pérdida del hijo próximo a nacer?

—¿Tienes miedo, Martin? —Presunto Kitty burlonamente.

—Escucha, éstos no son momentos…

De repente, un enorme rugido atronó la atmósfera.

Kipper se volvió. Dos o trescientas personas enfurecidas estaban a punto de irrumpir en el jardín. El joven se aterró; la furia del gentío no parecía conocer límites. Agarró a Carolyn por una mano y tiró de ella hacia un macizo de arbustos situado junto a una de las esquinas de la casa.

La gente irrumpió en el jardín, chillando aterradoramente. Kitty no parecía sentir el menor temor.

—¡Quietos! —gritó de pronto.

Su voz pareció obrar un efecto mágico en la multitud. Los gritos se acallaron casi simultáneamente.

Las antorchas arrojaban reflejos cambiantes sobre las paredes y la vegetación del jardín. Ocultos tras el arbusto, Kipper y Carolyn vieron a Kitty con una apariencia singular. El largo vestido blanco que vestía parecía ahora rojo.

—Sois negros todos —gritó—. Todos lo sois, porque es lo merecéis, porque no queríais a nadie de mi raza en Battersyde y porque asesinasteis a una mujer que sólo era culpable de tener la

piel distinta a la vuestra, porque nadie levantó un dedo para defenderla ni nadie dio un solo paso para castigar a los culpables de aquel suceso. Aquella misma noche, una joven fue atropellada y brutalmente, vilmente ultrajada… y cuando se supo que iba a tener un hijo, no deseado por ella, vosotros la arrojasteis del pueblo. De todo eso sois culpables y por eso sois negros de piel, ya que vuestra alma es también negra.

Gritos de rabia y furor brotaron de la muchedumbre encolerizada. Kitty alzó ambos brazos para imponer silencio, consiguiéndolo con una facilidad que asombró a Kipper extraordinariamente.

—Escuchad un momento. Yo tengo el remedio para curar vuestra mutación de la piel. Os lo entregaré, con una condición —dijo.

—¡Habla, Kitty! ¡Si no es así, te quemaremos viva! —exclamó Ealee Sanders.

Ella le miró despectivamente.

—Tú fuiste uno de los que formabas parte de la pandilla que me arrastró a los bosques y me ultrajó horriblemente. Como Hooker, Culberts y otros más, pero, sobre todo, este hombre que tengo a mi izquierda.

El brazo de la mujer señaló a Vinceton, quien se llevó ambas manos al pecho.

—¡Kitty, tú sabes bien que estoy dispuesto a reparar mi falta! —declaró melodramáticamente.

—Sí, la vas a reparar —convino ella, con turbia sonrisa—. ¡Escuchad todos! —Elevó la voz—. Vinceton es el que puso la droga que os ha vuelto negros en la conducción de agua de la estación depuradora al depósito general. Todos vosotros, de un modo, u otro, habéis bebido de ese agua y vuestra piel ha cambiado. ¡Y Vinceton es el que lo ha hecho! Si queréis pruebas, en sus bolsillos encontraréis ampollas con la sustancia que cambia el color de la piel.

Cuatro o cinco fornidos sujetos se arrojaron sobre Vinceton, sujetándolo a pesar de sus desesperadas protestas. Uno de ellos le registró y enseñó un par de ampollas repletas de un líquido oscuro y denso.

—¡Aquí están las pruebas! —gritó.

Un sonoro clamoreo de furor siguió al gesto del individuo. Kitty volvió a imponer silencio.

—¡Puedo devolveros vuestro color original, pero tendréis que conseguirlo! —dijo—. ¡Ahorcad a Vinceton!

—¡No, no…! —chilló el sujeto desesperadamente—. ¡Ella también es culpable…!

Kitty se le acercó y le escupió a la cara.

—Pobre idiota —dijo—. ¿Cómo podías creer que yo iba a ser para ti la esposa rica, que mantendría tus lujos con mi dinero? ¡Ahorcadlo, si queréis ser blancos de nuevo!

—¡Una soga, una soga! —pidieron muchos.

Carolyn creía hallarse en el centro de una horrible pesadilla. Kipper no se pudo contener más y abandonó su escondite.

—¡Deténganse! ¡Oblíguenla a que les entregue la droga curativa!

El rifle de Solly, inesperadamente aparecido en el porche, le apuntó directamente al cuerpo.

—Retírese, retírese o disparo —amenazó.

Kipper retrocedió. Tenía en el bolsillo el revólver del doctor Landsburg, pero sabía que era tanto como emplear una caña para detener la estampida de una manada de elefantes furiosos.

Alguien lanzó una cuerda a lo alto de la veranda. Solly contemplaba la escena con morbosa sonrisa.

Vinceton chilló espeluznantemente al sentir en su cuello el contacto del cáñamo. Pero, de repente, una docena de brazos tiraron de la cuerda y se elevó en el aire, pataleando espantosamente.

Kipper fijó la vista en el rostro de Kitty, en el que aparecía una extraña sonrisa. Sí, era la diosa de la venganza, se dijo, mientras el ahorcado se estremecía en sus últimas convulsiones.

—¡El remedio, el remedio! —gritaron algunos.

Kitty, desdeñosa, les volvió la espalda, para entrar en la casa.

—¡No hay remedio! —contestó.

Kipper se quedó helado. ¿Iban a ser negros durante el resto de sus días?

Un atroz alarido le hizo volver la cabeza unos instantes. Sonaron varios disparos.

La multitud, enfurecida, se arrojó contra Kitty. En vano fue que Solly descargara bala tras bala; algunos cayeron, pero los demás se

abalanzaron enloquecidos contra la casa. Kitty les aguardó a pie firme, con la sonrisa en los labios.

—¡Negros, negros para siempre! —Fue lo último que le oyó Kipper, antes de caer en una horrible vorágine de brazos y piernas que ansiaban machacar y aplastar a la autora de sus desgracias.

Kipper comprendió que ellos corrían peligro si seguían más tiempo en aquel espantoso lugar y tiró de la mano de Carolyn. Momentos después, cuando estaban en seguridad, volvieron la cabeza.

Ya se alzaban las primeras llamas. A los pocos minutos, Fiat Hill era una masa de fuego, que enrojecía la noche con sus tétricos resplandores.

EPÍLOGO

EL coche se detuvo frente a la granja y su ocupante saltó al suelo.

La puerta de la casa se abrió. Carolyn salió al encuentro del recién llegado.

—¡Jim! ¡Qué alegría verle de nuevo por aquí, después de tantos días! —exclamó, a la vez que le tendía ambas manos.

—Tenía que venir —sonrió él—. He estado en Nueva Orleáns, atando los últimos cabos.

—¿Ha averiguado algo interesante?

—Sí. Hace años, Kitty contrató a un químico y pagó sus investigaciones. Por lo visto, ya pensaba entonces en su venganza. El nombre de la droga es muy largo y complicado, pero, en efecto, su ingestión, mezclada con cualquier líquido, produce el oscurecimiento de la piel, sin otros efectos tóxicos secundarios.

—Pero la piel de las personas afectadas blanquea de nuevo. Todavía se nota poco, aunque el nuevo médico asegura que en pocas semanas tendrán su color habitual.

—Así es, los efectos son pasajeros, pero de cierta duración. ¿Ha dicho un nuevo médico…?

—Sí. El doctor Landsburg no lo pudo resistir y se tomó una sobredosis de barbitúricos.

Kipper movió la cabeza.

—Uno de los principales causantes de la tragedia ocurrida hace quince años, bueno, casi dieciséis —murmuró—. Como Kentee y tantos otros… Kitty lo había pensado muy bien; especuló acertadamente con el horror que sentirían la mayoría de ellos al verse con la piel negra.

—No lo podrían resistir.

—Exactamente. Su venganza sobre Vinceton resultó de una crueldad altamente refinada, haciéndole creer que todo estaría

olvidado para él, si le ayudaba en sus planes. Porque, ¿quién mejor que Vinceton para conocer las costumbres de Hooker, Hickam, Cooper y otros y hacerles ingerir la droga que cambiaba el color de la piel? ¿Quién mejor que Vinceton para entrar subrepticiamente en la estación depuradora de agua y colocar una dosis enorme de esa misma droga? La estación funciona automáticamente y sólo una o dos veces al día un funcionario municipal echa un vistazo a los instrumentos. Vinceton, por tanto, pudo hacerlo sin dificultad alguna. En su egolatría, no se dio cuenta de que era un vulgar instrumento de la venganza que Kitty había planeado, incluso mató a Hooker para evitar que lo delatase.

—Pero, ella, ¿por qué no declaró que los efectos de la droga eran pasajeros? Hubiera podido vivir…

—Carolyn, después de lo sucedido, yo he pensado que Kitty existió solamente para la venganza. Una vez consumada ésta, lo que le sucediera le importaba ya poco. Quizá no calculó bien la reacción de la gente, pero, en todo caso, quería disfrutar todavía más, viendo las caras que ponían cuando supieron que su negritud era irreversible. Se trataba de una mentira, claro, pero ellos no podían saberlo. Kitty, en cierto modo, estaba sometida al fatalismo de su destino y dejó que éste se cumpliera hasta sus últimas consecuencias.

Carolyn asintió.

—Es la explicación más lógica —convino—. Por eso mismo, usted y yo no cambiamos de color, puesto que en la granja no se bebe agua sino de nuestro propio pozo.

—Justamente. Fue una venganza diabólica, todo hay que confesarlo.

—Pero, al final, se volvió contra su autora.

—¿Acaso lo deseaba ella? —murmuró Kipper.

Carolyn cerró los ojos. Kitty y Solly habían sido convertidos en dos informes masas de carne, aplastados, pisoteados, machacados por decenas y decenas de pies de hombres enfurecidos y aterrados, y luego se habían convertido en cenizas en el incendio de la casa.

—Será mejor que empecemos a olvidar —propuso, con un hondo suspiro.

—En eso estoy de acuerdo, Carolyn —dijo él.

Carolyn le miró con franca sonrisa. Kipper continuó:

—Éste es un lugar precioso para pasar los fines de semanas, después de cinco días de agobiante trabajo en Nueva Orleáns. Pero me sabrá muy mal que la señora Brent se quede sola…

—¿Qué dice, Jim? ¡Papá ha vuelto a casa! —exclamó ella.

—¿Cómo? Pero yo creí que su madre… era viuda…

Carolyn rió alborozadamente.

—Papá ha permanecido una larga temporada en un sanatorio. El tractor volcó y le ha costado bastante recuperar el uso de la pierna izquierda, la más afectada por el accidente. Pero ya está completamente repuesto…

Kipper abrazó entusiasmado a la muchacha.

—No sabes cuánto me alegra que tu madre no se quede sola aquí —dijo.

—¿Hablas en serio, Jim? —preguntó ella.

—Es que así yo tampoco estaré solo en Nueva Orleáns.

Una radiante sonrisa apareció en los ojos de la muchacha.

—Bésame, Jim —solicitó. Y después de que él hubo accedido de buena gana a la petición, añadió—: Pero ahora no dejes de cumplir con las formalidades de rigor.

—Pedir tu mano al señor y a la señora Brent —adivinó Kipper.

—Exactamente —corroboró Carolyn.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.